

CARTA ABIERTA

A la prensa española

Hace dos años, la prensa española redimióse de la complicidad que le alcanzara en la pérdida de las Colonias. Francia quiso convertirnos en su satélite, y exhibiendo tratados, intentó llevarnos, allá en Chauia, á una campaña absurda. La voluntad nacional manifestóse entonces enérgicamente, por medio de los periódicos. La presión del pueblo, dejóse sentir en las alturas. Y la prudencia informó los actos de nuestros gobernantes.

Ahora vuelve á hablarse de aventuras en Marruecos. Son preparados 16.000 hombres á los que, según todos los indicios, seguirán muchos más. Vota el Consejo de Estado créditos extraordinarios, anuncio de las nuevas sangrías que sufrirá la bolsa del extenuado contribuyente. El Estado Mayor Central hace todo género de preparativos, para una campaña que, por lo menos, se halla en los linderos de lo posible. Y algunos perturbados intentan crear atmósfera favorable, propalando el absurdo de que, si no ocupamos el Riff con 40.000 hombres, la independencia nacional correrá peligros graves.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué causa los prudentes de 1907, se truecan en 1909, en aventureros y temerarios? ¿Qué ocultas influencias obligan al gobierno á pensar en movilizaciones que mira el país con recelo y alarma fundadísima?

Dicen que, hace algunos años, varios políticos firmaron, en nombre de España y sin consultar á ésta, un tratado que nos obliga á determinadas acciones en el Mogreb. Pero dicho tratado nos obligaba, con más fuerza que ahora, en 1907. Entonces, Casablanca había sido bombardeada, ardía la guerra civil en Marruecos, dos sultanes disputábanse la supremacía, Francia sostenía combates en Chauia. Y sin embargo, nos mantuvimos, pese á todos los compromisos secretos ó públicos, dentro de la digna prudencia que reclamaban las circunstancias. Y á la postre, tuvimos razón contra los exaltados ultrapienáticos.

Después de aquellos sobresaltos, ocupamos la Restinga y Cabo de Agua, porque á unos particulares se les ocurrió explotar las minas de Beni-bu-Fruor. Fue un paso mal dado, sobre todo, después de nuestra conducta en Casablanca.

Y hoy se habla de que vamos á ocupar pacíficamente el cabo Tres Forcas y Zeluán, en la zona de Melilla, y parte de la región de Andghera. Cuarenta ó cincuenta mil hombres—los 16.000 de las tres brigadas son sólo una vanguardia—comenzarán esa penetración pacífica de que tanto se viene hablando. Y una guerra sin gloria y sin provecho será la consecuencia de semejante salto en las tinieblas.

¿Y por qué va España á realizar esfuerzo tan costoso é innecesario? Porque un Monsieur Massenet quiere explotar negocios mineros en el Muluya, porque unos alemanes, á las órdenes de un tal Manesmán, intentan hacer lo propio en las comarcas que pueblan los andgheras, y porque otros ciudadanos tienen intereses mineros en Beni-bu-Fruor.

Monsieur Massenet ha dicho que si España no ocupa á Zeluán él organizará una guardia armada. Nuestro gobierno, con una longanidad verdaderamente sospechosa, se apresura á complacerle, porque los tratados mandan.

Hay que evitar á todo trance, que se consume la barrabasada; ahora estamos á tiempo de impedirlo. Luego, es decir, en Septiembre, sería tarde.

No se movilizan tantos miles de hombres ni se prepara una campaña, para reforzar las guarniciones de dos plazas más ó menos fuertes. A algo más se va. Todos lo sabemos, pese á las rectificaciones oficiales y oficiales. Y ese algo es preciso que no se consuma. Lo impone el patriotismo.

Bajo hemos caído, pero no tanto que hayamos quedado para polizontes de las potencias extranjeras. Es absurdo y criminal que para servir intereses industriales, que en su mayoría ni siquiera son nuestros, nos metamos de cabeza en el avispero marroquí á riesgo de que nos claven en el cuerpo y en el alma miles de envenenados aguijones.

Francia ha podido, por conveniencias po-

líticas de Clemenceau, permitirse el lujo de sostener una campaña en Chauia. Es lo bastante rica para que no la importen los 100 millones que lleva gastados en la empresa. Y además, las tropas que pelearon á las órdenes de Drude y D'Amade, componíanse de mercenarios, africanos en su mayoría. Tiradores senegaleses y argelinos, *sphais*, bandidos del *goum*, legionarios internacionales, hé aquí de qué constaba el ejército que intentaba convencer á los kabiños, fusilándoles y quemando sus aduares, de las ventajas de la civilización moderna.

Pero nosotros somos pobres y además no contamos con tropas de ese jaez. En el Riff y en Andghera lucharían y morirían los hijos de las madres españolas. Y éstas han llorado ya bastante para que añadamos nuevas tribulaciones á las que sufrieron y abramos en sus corazones nuevas heridas, cuando aún no se curaron las de los años del desastre...

Si nuestra independencia, nuestro honor nacional, nuestros derechos al porvenir estuviesen amenazados, yo no escribiría estas líneas; antes al contrario, mi pluma sería la primera en pedir al gobierno medidas salvadoras y eficaces. Porque entiendo que, cuando los sagrados intereses de la patria peligran, cuantos se llaman españoles deben unirse para la defensa común.

Pero ni el honor de España, ni el prestigio del Ejército, ni las ambiciones nacionales están en juego. Ir á Marruecos á ocupar territorios que no nos pertenecen para complacer á los Massenet, á los Maesman y á los híbridos dueños de las minas de Beni-bu-Fruor, es tan antilógico, que parece mentira se hable de ello como de una cosa que no debe levantar la protesta de la nación entera.

España no quiere nuevas aventuras. Odia la guerra y necesita paz. Pero según parece, en los círculos gubernamentales no tienen en cuenta estos deseos y se aprestan á empujarla á un abismo.

A un abismo, sí. En estas cuestiones de Marruecos, se sabe cómo se empieza, pero no cómo se acaba. Y una vez hayamos ocupado el cabo Tres Forcas, Zeluán y la región de Andghera, lo inevitable nos encadenará al horror de una campaña estúpida, inútil y sin salida decorosa.

La indignación y la alarma de todos los españoles sensatos y patriotas, deben repercutir en las columnas de los periódicos, hallando en ellas sus voceros. Pero eso no basta. Urge sea organizada una acción común, y nadie como la prensa para tomar la iniciativa.

Cuando la ley del Terrorismo amenazó los fundamentos de la escasa libertad de que gozamos, todos los periódicos dignos de España se unieron contra el común enemigo. Y éste, vencido en los primeros choques, declaróse en huida vergonzosa.

Lo que se ventila ahora es más grave todavía. No es ya la libertad; es la Patria la que corre riesgo de naufragar en las tempestades que preparan los acontecimientos. Y la prensa debe coligarse, sin distinción de partidos ni tendencias, y procurar que todas las protestas individuales, provocadas por las primeras medidas del gobierno, se fundan en una colectiva, tan formidable y unánime, que obligue á los perturbados timoneles de la nave española á apartar á ésta de los peligros á que la llevan tan ciegamente.

Propongo á los directores de todos los periódicos de Madrid que no quieran ser cómplices del desastre que nos amenaza, se reúnan y formen una junta que se encargue de entenderse con la prensa de provincias para organizar cuanto antes la acción pacifista necesaria. Y que esa junta convoque á los industriales, á los obreros, á los comerciantes, á cuantos se ven amenazados por la conducta del gobierno, y haga que en Madrid y en las provincias, la opinión pública, favorable á la paz, se manifieste de un modo que no deje lugar á dudas.

Veo que diarios de distintas comuniones políticas denuncian, en magníficos artículos, el peligro á que nos exponen las nuevas orientaciones que triunfan en lo alto. Y entiendo que esos esfuerzos aislados deben fundirse en uno solo que inicie una campaña de agitación nacional.

Aún es tiempo. Tenemos dos meses para impedir que el absurdo prospere. Si los dejamos pasar sin hacer nada, España podrá acusarnos luego de complicidad, egoísmo y cobardía.

La idea está lanzada. Recójala cuantos

constituyen hoy una fuerza y un prestigio dentro de la prensa española.

JOSÉ NAKENS

Los desahucios

Hay publicadas—que yo sepa—trece estadísticas de administración de justicia en lo civil, y en lo relativo á desahucios nos dicen que éstos crecen de año en año.

He aquí la cifra de los pronunciados por los tribunales de justicia en toda España y en Madrid:

AÑOS	En España.	En Madrid.
1887.....	13.063	3.211
1888.....	13.656	3.414
1889.....	13.524	3.413
1890.....	14.235	3.674
1891.....	15.690	4.684
1892.....	16.271	4.541
1893.....	17.119	5.032
1894.....	18.537	5.317
1895.....	17.222	5.193
1896.....	18.344	5.269
1897.....	19.790	5.729
1898.....	19.797	5.955
1899.....	18.845	5.855

En toda España se substancia un desahucio por cada 1.539 habitantes, y en Madrid uno por cada 108.

En toda España se substancia un desahucio por cada 399 viviendas, y en Madrid uno por cada 21.

En el período que estudiamos, el crecimiento total de desahucios en toda España es de un 43 por 100, y en Madrid de un 82.

La población de Madrid representa el 3 por 100 de la total de España; los desahucios de inquilinos madrileños significan el 42 por 100 del número total.

De alcanzar este fenómeno en Madrid las proporciones del total de desahucios, en Madrid sólo debería haber 352 al año por término medio, y el promedio de los trece años es 4.977.

Con igual población que Madrid, Barcelona sólo cuenta al año por término medio 2.169.

J. J. MORATO

Lo de Hostafranchs

El infame proceso policiaco ha concluido á los veintiséis meses de incoado, poniendo en libertad á cuantos injustamente prendieron.

Felicitó de corazón á los absueltos, y creo que esta era la ocasión propicia para que la prensa y las Cortes abordaran valientemente la cuestión de la prisión preventiva hasta conseguir que se modificara la ley que la determina y la regula.

Pone sombras en el espíritu y pavora en el pecho el considerar que hombres honrados hayan permanecido tanto tiempo en la cárcel, porque la maldad ó el error los llevarán á ella. Jamás se habría hecho campaña más justa en favor de obra más grande.

Y al par que felicito á las víctimas de la infamia y la calumnia, mando un aplauso entusiasta á *El Progreso*, que con su brava é incansable campaña en pro de la justicia, ha contribuido tan poderosamente á restablecer la verdad; aplauso que hago extensivo á *La Rebeldía* y *El Descamisado*.

Y al Jurado que, permaneciendo sereno y neutral, ha dictado el único fallo que podía satisfacer á la conciencia pública, indignada ante el atropello primero, y después ante los inicuos intentos de llegar á una condena que hubiera permitido á la arteria política echar sombras sobre la conducta de los que mantienen constantemente enhiesta en Barcelona la bandera de la patria.

Y por último, felicito á los republicanos radicales barceloneses, porque con su fe, su cohesión y su arrojo han hecho imposible el triunfo de la mentira, la iniquidad y la traición, como nunca desatadas en este proceso.

Uno de los pocos

Ha muerto Federico Pérez de la Vega Campuzano.

Nació en 1820, consagró su vida entera al trabajo y á la defensa de la libertad, pronunciándose, batiéndose, emigrando, cayendo preso, siendo amigo de todos los hombres que han figurado en los primeros puestos, y no aceptando nunca cargo alguno, ni buscando provechos de ninguna clase. Desde hace muchísimos años figuraba en el partido federal.

Su entierro fué una manifestación palpable de lo mucho que le queríamos y admirábamos todos.

Si al morir evocó todos los actos de su vida, pudo con justicia exclamar:

«He cumplido mi deber como hombre, como español, y como defensor de los grandes ideales.»

Lo que pueden hoy decir muy pocos.

¡Estamos vengados!

«Los republicanos solidarios que se unieron á los carlistas para difamar á los radicales, han leído ahora el siguiente artículo que les ha dedicado *El Correo Catalán*, firmado por su director, el diputado Sr. Junyent, y titulado *Cobardes y canallas*:

«Lo son, y nadie es capaz de rectificarnos con su firma, el autor de una serie de porquerías insertas en *El Poble Catalá* de ayer, y la persona ó personas que hayan autorizado la publicación de un artículo escrito por un degenerado ó sinvergüenza, por un fonto y adocenado, que calla su nombre para que no le veamos confundido entre la lista de los golfos y demás escoria de la sociedad.

No es capaz, por cobarde y vil, de estampar su nombre el autor de «Comentarios: Don Carlos», al pie de sus cuartillas, y á ello le retamos solemnemente, en la seguridad de que no querrá hacerlo para que no le descubramos entre el estiércol de los lupanares en que debe revolverse.

Sólo los cobardes y canallas pueden manchar la honra ajena, no dando la cara á los ofendidos. Y un periódico que tales procedimientos usa, un papelote que tamañas villanías acoge, está completamente reñido con la decencia, y sólo puede sentar escuela de granujería y brutalidad.

Conocerán su condición de irracionales el autor aludido y el autorizante de infamias y vilezas tantas, y por temor de que sean tratados del modo que se merecen, continuarán en el anonimato ó en el escondite, como hacen los cobardes.

¿A que no nos rectifican? ¿A que *El Poble Catalá* no publicará el nombre del aludido autor?

Ahora sólo podemos decir que esos señores son lo que son, pero preferiríamos señalarlos con sus nombres y apellidos, en la seguridad que conociéndolos quedarían del todo calificados, sin necesidad de demostración alguna por parte nuestra.

El Poble Catalá continuará difamando, calumniando, embruteciendo sus columnas con tinta de basura; pero nadie, absolutamente nadie, tendrá el valor de autorizar con su firma lo que sea fruto de su cerebro atrofiado, de su sinvergüenza estúpida ó de su condición de hombre mal nacido. ¿A que no lo hace?

Y para terminar: ¿Debemos protestar contra el artículo en cuestión? No. Contra los gruñidos de los puercos no son eficaces las protestas. A cada cual lo suyo.

Esa respuesta lógica al abrazo á Solferino, dice más que cuantos escritos se han publicado de tres años acá condenando la conducta de los republicanos que se unieron á los carlistas.

Justo castigo.

Don Rafael Salillas

Ha sido completamente desagraviado, levantándole la suspensión de empleo y sueldo, decretada en virtud del ridículo expediente que se le formó. Por lo tanto, se ha encargado nuevamente del mando de la Cárcel Modelo.

Después de cuanto dijeron los ministeriales para justificar el atropello, y de lo que por su cuenta añadió el ministro de Gracia y Justicia en el Congreso, yo, de ser éste, dimito veinte veces antes que consentir la vuelta de Salillas á la cárcel; y no digo otro tanto del Director general, porque á este buen señor le pasa lo que al loro del cuento: *va á donde ó le van*.

Por lo demás, ándese Salillas con cuidado.

Amenidades teológicas

Lector amigo, objeto de todos mis desvelos: seguramente, aunque nacido, por tu desgracia, en país católico, ignoras ó no sabes bien lo que es el catolicismo.

De niño te metieron á bofetadas el catecismo de Ripalda, que jamás llegaste á comprender; aprendiste algunas oraciones; ibas á misa, pareciéndote ella interminable; oías los sermones con el fruto del negro proverbial, y de todo llegaste á sacar en limpio que había un Dios, padre de Cristo, nacido de una Virgen por obra de una paloma llamada Espíritu Santo, y que esos dioses habían hecho la religión que enseñaban los curas, unos señores poco simpáticos, en verdad.

Bien; luego, llegada la edad de las pasiones, digo mejor, de los amorfos. Como la religión esa bien sabías tú que los miraba muy mal, pues la aborreciste ó te inspiró gran tedio; la dejaste, bien como cosa buena para la vejez, bien definitivamente decidido á no acordarte de ella en clase de estorbo nocivo.

Pero pasaron los años; con ellos, es decir, tras ellos, vino la reflexión, á tiempo que te enterabas un poco de la cosa pública y veías que la tal religioneita con sus curas mucho significaba en la política, pues promovía guerras en el campo, discusiones en las Cámaras, disturbios en los pueblos, divisiones en las familias, mudanzas y normas de conducta en los hombres, no tanto como en las mujeres, y, en fin, trastorno y pelea en todas partes.

¿Hola? Esto ya merece pensarse un tantico, dirías; y si no te era desconocida la historia ó la repasaste, ella te hizo saber que en pasadas edades la religión no hizo más que causar todo lo antes dicho con mayor intensidad y producir sangrientas persecuciones. ¡Vaya por el dichoso catolicismo! Pero ¿qué es ése? ¿En qué se funda? ¿Cómo se demuestra á sí mismo?

¡Ah! Eso la teología y los teólogos lo dicen: es EL DOGMA una cosa muy abstrusa, sutil y árdua, que muy pocos conocen; está escrita en latín y cuesta el aprenderla muchos años; algo de ella se dice en los sermones, y no faltan libros en castellano que tratan tales ó cuales asuntos teológicos en vulgarizador compendio. El todo de esa ciencia sólo se contiene en obras latinas y en la Biblia.

Me ca... so en la Biblia empastada! te digiste. ¿De modo que para conocer uno su religión necesita diez años de quebrarse la mollera sobre mamotreto latinos? Pues quede eso para otro. Pero, reflexionemos. ¿Será verdad ó mentira la religión y su dogma? ¿O parte verdad y parte embuste? Porque una de esas tres cosas ha de ser, no hay escape. Si verdad, el no estar con ella compromete la vida futura; si mentira, es necesario combatirla; si lo uno y lo otro, precisa enterarse de lo que haya de verdad para aceptarlo y atenerse á ello en la conducta y rechazar lo falso. Y ¿cómo hacer eso?

¡Bah! Lo que sea de otros que no creen, será de mí. Yo no robo, no mato, no calumnio, no perjudico á nadie, no tengo rencores, vivo de lo que gano, soy buen esposo y buen padre (ó buen hijo, etc.), creo que hay una primera causa, llámese Dios ó como quiera, que todo lo hizo y lo gobierna; me arreglo á esos principios, ¿qué me puede suceder?

Pero... y esta dudilla, este pero, este si será, si no será, este «al fin no tengo más que un ser y si hay otra vida quien sabe...» algo te preocupa en ciertos momentos, ya dolorosos, ya de pensar á solas, ya de oír discusiones ó saber ajenas desgracias, ¿no es así? ¿Para qué me lo vas á negar si lo sé tan bien como tú?

Desearía tranquilizarte, buen amigo; introducir en tu espíritu la tranquilidad; hacerle saber que eso del dogma no es tan árduo, ni tan difícil, ni tan obscuro, ni tan sutil como se cree; al contrario, es de lo más ameno y divertido; no hacen falta latines para entenderlo, ni (aquí lo gordo), por negarlo se pierde nadie, ni por admitirlo se salva.

Voy á comenzar declarándote la cosa más original del mundo: que se puede ser un incrédulo y aceptar el dogma católico sin dejar de ser cristiano y muy cristiano.

¿Qué atrocidad! Pues, si señor; y encima esto otro, y va de grandes revelaciones. El dogma no es abstruso; lo han hecho los curas obscuro, complicado, contradictorio y laberíntico de propósito, para que fatigada la mente del que pretende investigarlo, acabe por rendirse fatigado y decir: ¡no puedo más! mejor cuenta me tiene creerlo todo, que dilucidarlo; mi vida entera no bastaría para eso.

Y aquí tienes, querido, la fe de todos los católicos, fe de confiado en la palabra de los curas ó de arretrado ante la espantosa tarea de desentrañar los dogmas tales como los teólogos los han puesto; pero en sí mismos, créeme, no hay nada más sencillo, ni en sus fundamentos más débil.

¿Has leído *Las ruinas de Palmira* ó *La religión al alcance de todos*? En ambos libros queda eso algo probado. Mas yo tengo en confección otro, una especie de baluarte contra neos, fanáticos y teólogos, que más ceñido al dogma católico que esos libros, lo presenta al desnudo con lo que hay en él de real y de falso, de manera que se pueda

confundir y dejar parado al neo, ó cura, ó beato, ó catequista más hábil. Lo malo es que tal libro no se publicará, porque en España no se puede; es labor perdida.

Vamos, pues, á mi primer punto: se puede ser un gran incrédulo, y no desdenar, sino aceptar el dogma romano si conviene. Un ejemplo nos pondrá al cabo de la calle en esta cuestión.

Cierta noche, en casa de un zapatero, cundía él y católico tan ignorante como fanático, bien que honradote, se hablaba sobre cierto sermón predicado aquella misma tarde acerca de la Concepción de María (un nuevo dogma), y oído por algunos de los contertulios, yo entre ellos.

Se alababa al orador y se chapurreaba sobre sus argumentos, allí por ninguno comprendidos, pero debían ser una gran cosa; ¡qué picot! Y á un concurrente á la reunión, que oía y callaba, hombre maduro, sosegado, un poquito guasón y con fama de volteriano, hubo de decirle el zapatero:

—Usted, es claro, nada nos dice, porque no ha oído el sermón, ¿qué lástima! y no cree en el dogma de la Concepción.

—¿Usted qué sabe? ¿Y si creo?

—¿En qué? ¿En que la Virgen María fué preservada por especialísimo privilegio de la mancha del pecado original? ¿Usted creer en eso?

—Pues, sí señor, y muy firmemente; otras afirmaciones dogmáticas... ya hablaríamos; pero esa, ¡vaya si la creo!

—¡Eal, pues no sabe usted lo que nos alegramos! ¡qué piñata! al fin es usted un hombre de talento... ya me decía yo que toda su incredulidad tenía algo de camama y por hacernos rabiar á los amigos.

—¿Quién sabe...

—Está bien, pero que nos explique—dijo una mujer de las tres que allí había á cual más beata—cuál es la razón que le hace creer en que la Virgen fué concebida sin pecado original.

—La misma que me hace creer que así también fué concebida usted, señora mía. —¿Yo? A ver, á ver eso; ¡qué enormidad! —No, muy sencillo; es que yo no creo en el pecado original; figúrese si tendré á María y á usted, y á todo el mundo por preservado de esa mancha.

Ni una bomba, ni una ducha hicieran el efecto que esta salida muy racional de un hombre que precisamente por negar un dogma, podía admitir otro, y otros. Y yo digo, que también ese del pecado original puede aceptarlo cualquiera por falta de fe que se halle; ¡ya lo creo! ese y la Encarnación, la Trinidad, la Encarnación, todos. ¿Cómo? Ya es tarde, lector, para explicarlo; no tengas prisa; tiempo nos queda sino se acaba el mundo por culpa de Maura.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Contrastes

Un infeliz matrimonio, que por ser miserable es fecundo, tenía por albergue (?) un rincón de las tapias del cementerio del Norte. Allí establecieron su nido de amor, y entre hedores de carne humana descompuesta, alumbrados con la fatua y lúgubre fosforescencia de aquel suelo, entonaron un himno á la vida, con éxito tan grande, que la familia se aumentó con un crío, cuyas primeras alegrías estaban constituidas por el lúgubre vibrar de las campanas del cementerio doblando á muerto. Sin duda los higienistas, al proclamar las curas á «todo aire», no presumían que una familia entera seguía sus consejos inconscientemente, y vivía á «todo aire», es cierto, pero de un aire envenenado por cadavéricas putrefacciones. Ello es que la débil naturaleza del niño no pudo resistir las melfíticas aspiraciones de sus bronquios, y la viruela, esa enfermedad de los pueblos puercos, hizo presa en su cuerpecito, con ánimo de hacerle saltar la tapia que separaba su casa de la de los muertos. Claro es que las bacterias contaban con la complicidad de la bestia humana, que no se preocupa gran cosa de estas minucias del derecho á la vida. El niño, en brazos de quien le había dado vida con dolor de sus entrañas, caminó en demanda de lecho y cuidados, pidiendo vivir, de Hospital á Casa de Socorro, de Asilo á Hospicio, sin que la caridad oficial hiciera por su vida cosa que valiera de algo. Decidió, en vista de ello, morirse para no formar parte de esta especie que Cuvier clasificó de «homo sapiens», adviniendo quizá lo que algún día, y no próximo, será; pues hasta ahora, como ustedes ven, tiene poco de «homo» y casi nada de «sapiens».

Pocas horas después el Sr. Guirao, diputado á Cortes por Madrid, entregaba en Palacio un magnífico manto para adornar la imagen de Nuestra Señora de Atocha. Yo no sé si esta Señora se enterará del regalo, y mucho me temo que no se preocupe de tales minucias de su mundana «toilette»; pero si se entera, ¿creen ustedes que agradecerá el vestido que para su imagen regala el Sr. Guirao, sabiendo que por falta de recursos pecuniarios se mueren los niños en medio de la calle? Yo ya sé que el señor Guirao, al cual no conocemos el noventa por ciento de los madrileños, sin duda porque es diputado por Madrid, es muy dueño de hacer de sus dineros lo que le venga en gana. Pero también sé que yo soy muy dueño de pensar y aun de decir que mejor era

que en gana le viniera dar sus dineros á quien los haya menester con más necesidad y prisa que la Virgen de Atocha. Y entiendo que es de una indiscutible evidencia que, en tanto que los periódicos puedan dar en el mismo número noticias como estas dos, la caridad católica no merecerá las alabanzas de Jesucristo, que predicando el amor al prójimo, arrojó, con látigo en ristre, á los que hacían de su templo mercadería. ¡Cuántos látigos tendría que destrozar, en fuerza de acardenalizar carnes humanas, si hoy pretendiera repetir la expulsión de los que hacen de la religión una pingüe mercancía, y de sus prácticas un medio de exhibición!

PEDRO

Brutalidad alcaldesca

El ayuntamiento del pueblo de Monzoncillo (Burgos) hizo comparecer á todos los individuos de una familia residente en aquel pueblo, y los interrogó acerca de las razones que habían tenido para no cumplir con el precepto personal. El jefe contestó que por que no lo tuvieron por conveniente.

El alcalde, lleno de furor y conteniendo las ganas que le acometieron de ahorcarlos inmediatamente, ordenóles con las peores formas posibles que abandonaran el pueblo.

La familia, ante aquel atropello, acudió al gobernador y éste no le hizo caso; envalentonóse con esto el bruto del alcalde, y la despojó de todos sus bienes.

Y al verse atropellada por una autoridad y desatendida por otra, la familia ha acordado nacionalizarse en Inglaterra.

Que es lo que al fin tendremos que hacer todos los que tengamos una pizca de buen sentido. Y de dignidad.

Pongo este último requisito, para ahuyentar hasta la sospecha de que pueda emigrar algún fraile.

¡Conmovedora!

El obispo de Marruecos (¡qué ironía encierran algunos honores!) tuvo un gran día en Ceuta, no hace mucho.

Ofició de pontifical, le visitaron las autoridades, devolvió la visita, el alcalde le espetó un discurso, fué obsequiado con un lunch; algo así como lo que hicieron con Jesucristo los hebreos, no cuando la pasión y muerte, sino en el Domingo de Ramos.

Y para mayor semejanza, se le presentó á la salida del Ayuntamiento una pobre mujer con dos criaturitas en brazos, y le pidió que las metiera en un asilo.

El prelado, enternecido, recomendó el asunto al alcalde, «y la mujer se deshizo en elogios, resultando la escena conmovedora en extremo».

Lo entrecorado no es mío; no quiero cargar con el mérito ni con la responsabilidad moral de su autor.

¡Conmovedora! Ya sabemos lo que significan esos actos de relumbrón con que pretenden lucirse los príncipes de la Iglesia. ¡Y vaya un caso el del obispo de Marruecos! ¿Qué le pedía la cuitada mujer? Dos agujeros en la Inclusa para que una madre postiza y una administración detestable dieran á sus hijos leche y alma de esclavos ó los dejaran morir por incuria ó abandono. ¿Qué menos podía hacer el prelado?

Lo admirable y conmovedor hubiera sido que hiciera distribuciones en su palacio, quedándose él en la más chica, para acoger á esas criaturas y á otras que se encontraran en igual caso.

Pero como esto hubiera sido cumplir con el deber más sencillo de su ministerio, no se le ocurrió siquiera.

De puro no practicarla, los obispos se han olvidado de la doctrina de Cristo. Y no recientemente, sino desde hace siglos.

Esto, suponiendo que la hayan practicado alguna vez. Que lo dudo.

Lujo y miseria

Leo á propósito de las carreras de caballos celebradas hace pocos días en Londres:

«La ostentación de lujo en Ascot y en Olympia, ha superado á todo lo conocido hasta ahora. Los ingleses han hecho cuanto han podido por lucir; pero los norteamericanos les han dejado atrás».

La disputa por la primacía del lujo no se efectúa ya solamente en los trajes y joyas de las señoras, ni en la calidad y arreos de los caballos y carruajes. Este año se ha dado un paso hacia adelante. El lujo ha consistido en la decoración de las cuadras de Olympia. Generalmente, las cuadras están como las otras, sólo que más limpias. Pero á los millonarios norteamericanos no les satisface semejante sencillez.

Uno de ellos ha dado á sus caballos el pienso en cajones de madera adamsada,

rodeados de vasos con geranios y junto á cortinas de terciopelo gris.

Otro ha ido más allá. Los cajones de pienso estaban decorados de verde y oro y colocados entre inmensos ramilletes, mientras cubrían el suelo espesas alfombras de terciopelo, sobre las cuales andaban los caballos.

Y leo á propósito de las damas inglesas:

«La última moda entre las damas de la alta aristocracia inglesa, es coleccionar animales extravagantes».

La duquesa de Marlborough protege á las serpientes, á las gacelas y á los pelicanos que pasean por su Parque de Blenheim.

Lady Warwick adora los animales blancos: los elefantes, los pavos y pájaros de todas clases, sobresaliendo un papagayo de más de cien años.

Lady Cadogan posee una magnífica colección de serpientes, y acostumbra á salir y aun retratarse con alguna de ellas enroscada al cuello.

Lady Cottenham tiene debilidad por las marmotas.

Lady Churchill tiene por favorito un codrillo, y lady Hope un mono del Senegal.

Bajando un poco la talla aristocrática, mistress Rose Hobbard colecciona patos, y miss Rosa Boughton distingue preferentemente á una hiena, que le han enviado de Constantinopla.

Y leo á propósito de trajes:

«Una riquísima dama norteamericana, la señora Howard Gould—ó, mejor dicho, la exseñora Howard Gould, porque se ha divorciado—acaba de decir ante los Tribunales, que una mujer verdaderamente elegante no puede ponerse dos veces el mismo vestido, aunque le haya costado 25.000 francos; que cambiaba de traje tres veces al día, y, al mudar de traje, cambiaba también de falda bajera, de enaguas, de cubrecorsé, de camisa, de medias, de zapatos, de todo, en fin, y que el día entero lo tenía ocupado en ponerse y quitarse ropa. Sólo en un yate tenía cien vestidos y otros tantos sombreros».

Y después de leer esas tres noticias, suelen tres interjecciones brutales (que me valdrían tres multas dichas en público), y exclamo:

«No se me alcanza cómo podrían evitarse estos insultos feroces á la miseria de los más; todas las panaceas anunciadas me parecen insuficientes».

Lo que no dudo es que sonará un día la hora tremenda en que la justicia pida ayuda á la violencia para establecer el equilibrio social, y que aquel día brutalmente sublime quedarán vengadas millares de generaciones.

Lo triste es que, antes de que llegue, serán devoradas por la miseria otras cuantas.

LA PUBERTAD DEL CURA

Magnífica frase del artículo de Pey Ordeix y que cabe dentro de todos los criterios, de todas las ideas y de todas las religiones. Porque, mejor que pubertad, la llamaría yo, crisis de las vidas, momento decisivo en las historias humanas y mucho más en las vidas ó historias eclesiásticas, conjunto de equilibrios inestables, contradicciones monstruosas, afectos encontrados, en el cual se pasa del héroe al sinvergüenza, del mártir al verdugo, del águila al escarabajo con la misma facilidad con que la hoja se desprende del árbol ó vuela de una flor á otra flor la mariposa. Dichosos los eclesiásticos que, como Pey Ordeix, han tenido la pubertad, la crisis que trastorna ideas y sentimientos, derrumba castillos de ilusiones y cambia radicalmente de aspecto tanto el mundo moral como el científico.

Y digo dichosos, porque tenga entendido el sabio articulista, que muchos, muchísimos de los jóvenes que se ordenan de sacerdotes, la víspera de la ordenación son ya unos escépticos que no creen en nada, que de todo se burlan, que carecen de entusiasmos, de honradez, de fervor, de fe, de respetos.

Engañando y burlando al director de los ejercicios espirituales que se hacen antes de las tómporas, despreciando y difamando al obispo que los ha de ordenar, con la querida preparada para oficiar de ama y con ánimo de acaparar dinero á todo trance, póstranse esos ordenandos ante el resplandeciente solio episcopal, empuñan por vez primera el áureo cáliz y la patena, visten la casulla simbólica y entre nubes de incienso suben las gradas del altar y levantan las manos sobre el pueblo para bendecirlo en nombre de Dios.

Para esos no hay pubertad eclesiástica, no hay crisis ni metamorfosis porque en la crisis meramente humana, que ya pasó, cayeron del lado del vicio, de la desaprenhión, de la vida animal.

Y ahora viene lo trascendental que del artículo de Pey se deduce, lo que debiera estarse escribiendo á todas horas y en todos los idiomas, lo que estamparse debiera, no tanto en EL MOTIN, cuanto en los boletines eclesiásticos y en diócesanas pastorales y en papales encíclicas.

Al llegar esa crisis, el conflicto lo es para los nobles y para los honrados. Si la fe y los respetos naufragaron, preséntase el fantasma

ma aterrador de la farsa religiosa, el engaño vil, la mentira dicha desde el púlpito y desde el confesonario; y la farsa, la mentira y el engaño son horribles tormentos para el honrado. Pero enfrente está todo eso que tan admirablemente describe Pey. Leyes, tradiciones, sociedad fanatizada, Iglesia inexorable, y por lo tanto, deshonor, soledad, hambre, frío, desesperación, muerte.

Espantosa disyuntiva. Para el que no es honrado, para el que no siente en el pecho ese tribunal siempre formado y siempre fallando que se llama conciencia, ese que tan claro sabe hablar, que grita y llama miserable, cobarde, infame al infeliz acusado, y evoca cuadros de sangre, de llanto y de miserias, y hace desfilar figuras de padres y madres honradísimos que cubren con manos descarnadas los rostros cadavéricos para no ver al hijo criminal... para ese, no hay conflicto ninguno. ¿Que hay que mentir? Pues se miente. ¿Hay que engañar? Pues se engaña. ¿Hay que hacer farsas? Pues se hacen. ¿Vaya una dificultad!

E inmediatamente comienza el absurdo monstruoso de que los honrados sean arrojados de la sociedad y queden los farsantes recibiendo saludos, apretones de manos y muestras de consideración y de respeto.

Inevitable, dirán algunos al llegar aquí; y yo digo: evitable, y de la manera más radical y más fácil y más racional.

¿No suspende el obispo al sacerdote a quien juzga indigno de ejercer el sagrado ministerio? Pues respete, ampare y proteja cariñosamente al que se suspende a sí mismo por delicadeza de alma y de conciencia.

El desempeño de las funciones sacerdotales no debe ser, no puede ser para la Iglesia una carga penosa, sino un honor inmenso. Convertir con unas palabras el pan y el vino en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, es algo tan sublime, católicamente hablando, que si los ángeles fueran capaces de envidia, tendríanla, allá en las alturas, de la gloria de los sacerdotes que viven aquí en las penalidades de la vida.

Por lo tanto, el renunciar a ese honor sobrehumano, y renunciar diciendo humildemente: «no soy digno de él», háse de contar como gran mérito y no como delito.

Cuanto se interesan por el bien de la Iglesia, cuantos sienten eso que se llama celo por la salvación de las almas, prelados y religiosos, directores discretos y consejeros, todos a una voz y continuamente, habían de estar diciendo a los sacerdotes: «No temáis, no obréis por respetos humanos, no esperéis un momento cuando flaqueé vuestra fe o se apague vuestro entusiasmo religioso. El sacerdote apartado voluntariamente del ministerio sagrado será respetado en la sociedad cristiana y circundado con una verdadera aureola de consideración y de cariño. No pudo averse con la farsa y con el sacrilegio.»

En vez de eso, ¡qué persecuciones tan crueles, qué calumnias tan despiadadas, qué tramas tan inicuas, qué conspiraciones tan cobardes contra el noble y el honrado! Imposible hacen, casi, el que en momentos de crisis o de caída, no obtien todos por el engaño sistemático, el pecado habitual, el timo religioso... ¡Es cuestión de vida o muerte! Y el sacerdote noble tiene fatalmente que irse al extremo opuesto, formar con los más radicales enemigos del clero. ¿Por qué? Para estar lejos de los trallazos, de las pedradas, de los tiros, de las navajadas, de los mordiscos que le disparan los padres, los hermanos, los hijos cariñosos de ayer... PEDRO CRESPO

«Sed mansos de carácter...»

La mansedumbre sacerdotal nos asombra maravilla, produciéndonos un pánico duradero. Los sacerdotes no son hombres, y, por lo tanto, se hallan exentos de los arrebatos pasionales. Su ministerio, taxativamente, les prohíbe la cólera y la iracundia. Pero eso no impide para que rememoren y pongan en práctica el consejo bíblico: «Ojo por ojo y diente por diente.» De ahí que nunca, cual acontece hoy, nos admiremos de un arrebatado que hincaba un carrillo o dispersa las muelas de una dentadura. Los sacerdotes, modestos y humildes, están por encima de tales miserias. Los pobres representantes de Dios en la tierra no tienen por qué ni para qué dejarse llevar por sus instintos. Ellos, quizás, sólo procuran en sucesos semejantes al ocurrido en Sicilia, demostrar que su humildad es grande y que su mansedumbre no tiene límites. ¿Para qué iban a dejarse arrebatar por impulsos terrenales? La religión es sabia y hace tiempo desligó a sus guardadores de los lazos y de los deseos materiales. El sacerdote mira a Dios, y en su contemplación adquiere las ideas que le permiten orillar los obstáculos mundanales y vencer sus deseos y sus iracundias.

Yo me admiro de que gentes irreflexivas quieran sacar consecuencias molestas de unas bofetadas, repartidas cuando menos debía existir el hombre. Las bofetadas, en esa ocasión, sólo tendían a comprobar si los fieles siguen las doctrinas de Cristo. Para un sacerdote ejemplar el método experimental aterra ventajas prodigiosas. En vano es que se alegue que el elemento armado no debe servir para esas comprobaciones. Precisamente por su representación por su fiera acreditada es el único que debe servir como elemento de prueba. ¿Qué

significan unos golpes dados en mejillas plebeyas, acostumbradas a recibir bofetones de los poderosos? Nada. El experimento debía efectuarse con gente más levantisca. Lo malo es que los militares, salvo honrosas excepciones, todavía no se han acostumbrado a recibir golpes en la cara. Esto es lo único malo que hay en el experimento. Si los militares no tuvieran el genio vivo y las manos prontas, sería un encanto el método ideado por el sapientísimo sacerdote siciliano. Pero ¿no se podía subsanar ese pequeño defecto? Sin duda alguna. Y los sacerdotes, pensando en ello, intentan dirigir a los ministros de la Guerra en súplica de que fusilen a los militares que devuelvan, centuplicadas, las bofetadas dadas por cristianas y religiosas manos.

Un sacerdote que abofetea a un militar, además, es un símbolo religioso de gran alcance. Ahí es nada. La religión humillando a la carne! Este pensamiento debía bastar a los que comentan con ironía el sucedido. El poder de los sacerdotes no debe circunscribirse a los asuntos eternos ni a ventilar problemas de conciencia que importan, a lo menos, a dos ó a tres personas. El religioso necesita trabajar por el afianzamiento y por la gloria venidera del catolicismo. ¿Y cómo mejor que abofeteando a los representantes del poder usurpador? Para los demonios del poder siempre existe un San Jorge heroico y esforzado. La religión no ha llegado tan a menos que no posea un campeón valeroso ó un héroe semejante al Fray Inigo del *Avenaria*. Y si los posee, ¿por qué no mostrarlos? Las manos del sacerdote siciliano, férreamente tendidas, han grabado la respuesta en un rostro militar. Y el mundo, este mundo que sólo vive de apariencias, ha reído gozadamente, viendo cómo se destruyen las leyendas y los convencionalismos. Y con su risa, malévolamente, ha recordado el consejo del santo: «Sed mansos de carácter...»

ANGEL RODRIGO

Cosas de ellos

Los católicos son humildes. Sí, son humildes como borregos, cuando están en minoría en una ciudad ó nación. Nada hay más parecido a un lobo cogido en la trampa que un católico sin poder; pero a feroz é intransigente no le gana nadie, en cuanto tiene el campo libre.

Aquí, país conquistado por obra de la ignorancia, la estupidez y los malos gobiernos, cobran los católicos el barato. En Inglaterra y otras naciones protestantes, se aman y se dulcifican; no son nadie, como si dijéramos.

Pero si se les tolera un poco, van tomando creces y echando plantas, y ¡ay de los tolerantes! Como se descuiden, lobos tendrán que no dejen oveja en los rediles ni pastor para contarlos.

Harto el pueblo de Liverpool, más avisado que el nuestro, de procesiones y alharacas y desplantes católicos, se opuso días atrás al paso de esas manifestaciones pseudo religiosas que obstruyen la vía pública. ¡Y aquí te quiero, escopeta! Las mansurronas ovejas católicas se liaron a pedradas y tiros con los protestantes y con la policía, resultando muchos heridos y los «Santos Evangelios» desencuadrados y rotos por las páginas en que se habla de fraternidad, humildad, caridad cristiana, etc., etc.

Tengo el buen gusto de no ponerme de parte de ninguno de los dos bandos y deseo que prosigan cristianamente sus peleas. Religión por religión, me quedo prudentemente sin ninguna y me declaro completamente neutral.

Es lo más higiénico para la salud del cuerpo.

(Y del alma, si conviene.)

En la Asamblea de Instrucción pública celebrada en Valencia, pidió la palabra el ilustrado presbítero José Pérez Martín para combatir a los que pretendían que la enseñanza fuera en España puramente católica, y apenas comenzó a hablar, le atajaron los clericales en la forma inculta y grosera que acostumbran, armando tal escándalo, que le fué forzoso interrumpir su discurso.

Para dar idea de lo ocurrido, nada mejor que transcribir el escrito de protesta que ha publicado. De él se saca esta consecuencia: la tolerancia sólo sirve para envaletonar a los clericales. Guerra, pues, en todos los temas que la presenten.

A la opinión culta y á la Prensa imparcial

Esta es la primera ocasión de mi vida, que ya toca en su ocaso, que como la pluma para defenderme. Siempre tuve aversión instintiva a ocuparme de mí, considerando que el bien pensar y el bien obrar constituyen las mejores garantías para el buen testimonio de los extraños.

Vengo sufriendo paciente, desdefosamente en silencio, toda clase de injurias y de calumnias, falsos testimonios, vejámenes infligidos a mi buen nombre y fama, acusaciones infuensas que me proporcionaron amargos días de prisión preventiva, que la rectitud de los Tribunales de justicia anuló con los más honrosos y favorables pronunciamientos.

Se ha tratado y aún no se desiste del empeño de acumular sobre mi persona las responsabilidades editoriales del redactor que firma en *El Pueblo* con el pseudónimo, de *Cantaclaro*, a cuya insidia debo cargar en cuenta cuatro meses y medio de prisión; se me sigue llamando por aquel mote, cosa que ya no me extraña, por las especiales circunstancias que unieron mi oscuro nombre al del esclarecido escritor. Se ha tratado por tan bajos medios de destruir el modestísimo Colegio que dirijo privándome del único honesto modo de proporcionarme la subsistencia, con la aptitud legal que me da mi honrado título de Maestro de Instrucción primaria.

Nada ha sido parte a decidirme a mi personal defensa, y si ahora lo hago, es porque he llegado a representar algo que no debo dejar a merced de ilusos é intransigentes adversarios. Significo, sin modestia que suele ser transparente velo de vanidad, significado la protesta de un núcleo poderoso de hombres sinceros y de distinguidos maestros que aspiran a poner la enseñanza pública fuera del alcance sectario de las opiniones religiosas, deslindando los campos de acción, dejando libres los caminos que conducen al cielo al pedir que se despejen de obstáculos los que los hombres han de recorrer en la tierra en sus luchas por la vida y por el derecho.

A exponer mis opiniones, a llevar mi grano de arena a esa obra gigantesca de reformas de la enseñanza con tan desinteresado afán emprendida y con tan amoroso empeño continuada, acudí en la firme convicción que el carácter de la Asamblea y la ilustración de los asambleístas fuera sólida garantía de la exposición sincera de todas las ideas.

Tomé turno en la discusión del Tema primero «que la enseñanza primaria debía de ser religiosa (católica) y sometida por tanto al obispo y al párroco», tema que había sido defendido calurosamente por varios oradores eclesiásticos y seglares.

Creía yo tener derecho a pronunciarme por la neutralidad de la escuela, sin obstruir de modo alguno la acción de la Iglesia, que ministros sobrados tiene y recursos sobrados oficiales y particulares para adoctrinar a los fieles.

Porque yo entendía y entiendo, que los fines de la Iglesia y los de la escuela son distintos. El fin de la Iglesia es hacer santos, el de la escuela hacer ciudadanos. Y puede suceder que un gran santo no goce fama de excelente ciudadano: San Pedro Arbués, por ejemplo, será un gran santo; pero por haber sido inquisidor general, no goza fama de buen patriota... Una inmensa y atronadora gritería, dirigida por frailes extranjeros y jóvenes é insignificantes sacerdotes, ahoga mi voz.

El Sr. Ortega Munilla me suplicó que llevara el discurso por otros caminos; pero como no hay defensa posible con armas desiguales, precipité mis conclusiones después de afirmar que en la escuela se imponían las demostraciones, y que los misterios eran indemostrables, que los dogmas tenían por base la fe, y que la ciencia sólo se podía auxiliar de la razón, deduciendo la necesidad de separar la instrucción científica de la instrucción religiosa.

Y como no es justo que por lamentable falta de cortesía de un puñado de sectarios quede en tela de juicio la cultura de Valencia, ni deje el ilustrado é imparcial público de apreciar y juzgar mis inofensivas y rectas intenciones en las que no entran propósito de ataque a ninguna secta religiosa, las expondré en públicas conferencias, y si se me permite en las columnas de *El Pueblo*.

JOSÉ PÉREZ MARTÍN, PRESBITERO
Maestro de Escuela

A la barbarie con la barbarie

Son vanos los esfuerzos de los clericales. Ya no produce espasmos el fantasma. En otros tiempos la Iglesia contaba con la fe de los más y la sumisión de los brutos. Hoy cuenta con la adhesión de los menos, porque los brutos han reducido su número. Antes, el cura, se imponía. Producía escalofríos pensar en el infierno, y dolor moral ó preocupación el lazareto del purgatorio. Con estos teatrales elementos, el clérigo amedrentaba a la mujer ingenua y al hombre zafio. El zafio comienza a discernir y la mujer sufre sobradas privaciones para no advertir que lo de la justicia ó misericordia del Señor es una quimera. Antes se admitía el dogma como algo inseparable de la vida. Hoy, hasta los más incapaces, preguntan quién es Dios. La contestación ya no es satisfactoria.

Son inútiles los gritos del sacerdote. Más inútiles sus amenazas. Dogmas que no se imponen por la superstición, son ideas muertas. ¿A qué discutir? La religión ya no se discute. Salí vencida por los enérgicos opedi-

cos. ¿Quién cree en la resurrección o reintegración de lo que se disolvió ó va disolviéndose en la indiferencia universal? Los neos valencianos, en las asambleas reformistas, han querido imponer su fe ó su criterio por la violencia. Han sofocado algunas veces la voz de los revolucionarios. Han ofrecido a los visitantes el espectáculo de decadentes bizantinismos. ¿Qué mayor victoria para nosotros? La intransigencia católica precipitó su ocaso. Nada hay tan interesante para el pensador como el crepúsculo, en el que se extingue un dogma. Las religiones mueren en Occidente. Aquí aún gesticulan cuatro teólogos con endebles y algunas fanáticas trapajosas. ¿A qué discutir con ellos? Dejados que vivan y se paseen: el público contempla con asco a los fúnebres hebraizantes y se aparta de ellos con repugnancia.

La escuela debe ser católica, sostienen los clericales. La escuela debe ser neutra, contestamos nosotros, que nos las echamos de tolerantes. Y bien: para mí, y mi opinión vale lo que otra cualquiera, la escuela responde en cada pueblo a una actualidad: a esa actualidad en que se encierran las aspiraciones nacionales deben subordinarse la metodología pedagógica. Y ¿cuál es la actualidad en nuestra patria? Descatolizar la nación, limpiar de esparto la montaña. Y hay que descatolizar desde la escuela infantil hasta las Universidades. El catolicismo es una lepra moral hoy; en otros tiempos, por aplicación de místicos criterios de sujeción física, engendraba la otra lepra. Y es un axioma científico que en pueblo alguno como en el católico adquieren tan numerosa clientela los dermatólogos.

Concibo que la escuela sea neutra en una nación progresiva, tolerante, camino de civilizarse, en la que el Estado haya conseguido la subordinación de Roma. Pero, ¡escuelas neutras en España, en que el Estado es más intolerante que la misma religión y aplica con crueles rigores toda suerte de castigos contra quienes hablan ó escriben ó se manifiestan contra el dogma! ¡De ningún modo! Es echar margaritas a puercos. Es contestar a las bofetadas y las coeces con las caricias de la sensatez y de la cultura. ¡No, señor! Hay que ser tan incultos como ellos, y puesto que ellos quieren que la escuela sea de Dios, nosotros frente a la suya debemos levantar una escuela en que se enseñe que Dios es una inmensa mentira, más grande todavía que la existencia de Jesús.

Se conciben la mesura y el respeto para quienes son dignos, por su comedimiento y su virtud, de respetos y consideraciones. Pero para el fanatismo español que adora a Roma y abomina de la España racionalista y libre, y nos execra a los anticlericales como si fuésemos apóstatas, y suspira por las hogueras torquemadescas, y habla con embobamiento de la cultura de la España medioeval, feroz y sanguinaria, y aborrece a la España de los actuales tiempos, porque ya se permite discutir el dogma, sólo discutirlo, y concitan la maldición de Dios (ahí nos las den todas) sobre este pueblo, a esos cruzados de la barbarie hay que vencerlos con otra barbarie de intolerancia también.

Si por la violencia quieren imponernos una creencia que repugna a nuestro espíritu, por la violencia hay que combatirla. Seamos tolerantes sólo cuando se nos hable en nombre de la tolerancia. Cuando la bestia clerical aulle, hay que aniquilarla como sea.

F. AZZATI

Toques de avance

Estamos que no nos llega la camisa al cuerpo. Los seminaristas de Barcelona han publicado un *Ensayo de propaganda a favor de la Bona Premsa*, para las vacaciones de 1909. De modo, que a todo lo más tirar, allá para Agosto habrán desaparecido de España todos los diarios liberales, y de un modo especial, los rotativos avanzados de Barcelona.

La noticia nos oprime el corazón y es cosa de llorar a moco y baba. La reacción sueña y soñará toda su vida con poseer en España un periódico de arraigo y bien hecho, algo parecido a *La Croix* de los agustinos franceses ó al *L'Univers* de Veüllot; pero el empeño es inútil, por muchas razones y motivos.

Los periódicos *impíos* viven y prosperan entre nosotros cada día más, y su prosperidad no es definitiva, porque la mayoría de ellos no han querido arrojar en absoluto el lastre clerical que aún impide su vuelo. El fenómeno es digno de reflexión: tenemos enfrente y en nuestra contra los anatemas de la Iglesia, los entredichos de los obispos, el continuo roer de curas y frailes, el trabajo de zapa de los neos, los aspidiotes de las beatas, y, sin embargo, cada día se popularizan más, se albergan en casa propia y emplean en máquinas montones de miles de duros. Y todo esto sale del pueblo, del plebeyo *perro chico*, sin accionistas, sin subvenciones más ó menos oficiales, sin caballos blancos, ni donativos clandestinos. La gente rica no está a nuestro lado, los suscriptores son pobres en su mayoría, los grandes capitales huyen desparvoridos ante el tufillo liberal; no obstante, *vivimos*.

Los clericales, en cambio, cuentan con el apoyo de toda la clase adinerada, con la hipocresía social, con la benevolencia gubernativa, con los privilegios, con la inmuni-

dad de las denuncias fiscales, con la gran palanca del pulpito y del confesonario, con las bendiciones de los prelados, que no son moco de pavo, con las sonrisas palatinas, con los legados de los fanáticos, con la propaganda luso-carlo-alfonsina, con el visto bueno de las Ordenes religiosas, con el entusiasmo de las juventudes católicas, con la cooperación tan valiosa como atractiva de las Hijas de María, con la cruzada en su obsequio de todos los seminaristas, con la aprobación pontificia, y sin embargo, sus publicaciones mueren.

«España es católica»—gritan á voz en cuello. «Ya se ve»,—le contestamos nosotros. A pesar de vuestras legiones de adalides y de tener las arcas bien repletas, todavía no habéis podido formar un diario digno de tal nombre.

Mucho amenazar, socavar los destinos, arrebatar el pan, y denigrar al que lee la Prensa liberal, declarar la guerra á centros y comercios donde entra el periódico liberal, y poner el puchero á la funeraria al obrero ó dependiente que gusta de su lectura; pero, ¿qué le dáis en sustitución de la publicación que le arrebatáis?

«Damos lectura sana, culta, y buena doctrina: ahí están nuestras revistas y periódicos que lo atestiguan.» Y al oír esta evocación, se presentan radiantes en la palestra todos los esfermentados impresos saturados de incienso, con mal papel, pésima impresión y plagados de insultos, mentiras, calumnias y desatinos.

Mirad cómo se pavonean el histrión farfante de *El Siglo Futuro*, la vieja quintañona de *La Semana Católica*, la doncella averiada de la *Lectura dominical*, el enano de la venta *Correo Español*, y el adobador de pasteles católico-alfonsinos *El Universo*, muy orondos y ufanos porque salen á la luz en la Corte, con pujos aristocráticos y remilgos de media almendra. Mirad cómo escupe por el colmillo y zalea en católico *El Mensajero* de los buenos Padres, de Bilbao, la *Gaceta del Norte*, *La Voz de Valencia*, y toda la corte de vejeterios, con las narices atiborradas de rapé, y las vestimentas manchadas de cera, las revistillas y periodiechuchos de provincias, con sus páginas escualidas, sus artículos de relleno, sus plagios, y sus imitaciones groseras. Causa risa el ver cómo gallean, gritan, y lanzan escupitajos contra la Prensa liberal, cuya vida próspera les llena el alma de envidia y les ciega los ojos.

Su enteca y famélica existencia se la pasan murmurando, difamando y rasgando honras como comadres en mancebía en sus huelgas forzosas, infestando con su podredumbre la sana vitalidad de las letras de molde.

¿Cómo estas publicaciones tan numerosas, protegidas, extendidas y elogiadas, no han exterminado á la Prensa liberal? Porque ¡ay!, pío lector, no es lo mismo predicar que dar trigo. Esos banqueros, señoronas, próceres y prelados que recomiendan la Buena Prensa, aprietan al mismo tiempo su bolsillo; quieren muchos periódicos y buenos, pero que se hagan por milagro, sin sacrificio alguno de su dinero. Esto da la medida de su catolicismo y su celo, y explica por qué contando la reacción con el capital y las riquezas es impotente para organizar siquiera una revista medianamente aceptable.

Aquí en Barcelona, con tanto clericalismo, con tanta banca apostólica, con tanto comilleo, ligas, industrias sagradas, y empresas tan potentes como pontificias, las publicaciones católicas son una vergüenza literaria y tipográfica, lo mismo las que pelean con el rostro descubierto que las que les hacen el juego entre bastidores. Con decir á ustedes que aquí la lumbrera de la prensa católica es el diario carlista *Correo Catalán*, que no tiene dos pesetas, y ha estrujado á Solferino hasta las heces para ir tirando, está dicho todo. Sardá y Salvany no pudo sostener en pie su diario integrista, y se ha atrincherado en su *Revista Popular*, floja y embrutecedora como pocas. *La Horquilla de Oro* arrastra una vida lánguida y mezquina, y si no fuera por su Casa editorial, ya habría plegado, como dicen por acá.

A esto se reducen los adalides de la Prensa católica en Barcelona, pues no merecen mención los insulsos folletos de la *Sagrada Familia*, *Revista Calasancia*, *San José de la Montaña*, etc., etc., todo ello raquítico, pobre, escrito con los pies, y sin el menor atisbo de gusto moderno.

A darles vida salen los seminaristas barceloneses durante estas vacaciones, lo que constituye un toque de avance, según frase de un cura carlista.

¡Pobres seminaristas! Bastante tarea tienen con procurar durante el verano en reparar las averías causadas en sus estómagos por la vil bazofia del seminario.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Junio 1909.

Lev de embudo

El Papa ha prohibido á los curas montar en bicicleta.

Y él pasea por los jardines del Vaticano en el automóvil que le han regalado dos millonarios americanos.

Esto, más que una contradicción, es un símbolo. La Iglesia siempre obra así aunque predique lo contrario.

Y dicho esto, allá va la descripción del automóvil del sucesor de aquel Pedro que á lo mejor iba con las sandalias rotas por no tener moneda para comprarse otras:

Es un carruaje muy ancho, de 20-30 caballos de fuerza. Está forrado de paño gris perla y tiene cuatro asientos. Al exterior está charolado de negro con filetes de oro.

De la pared derecha interior cuelgan un *elegantísimo florero de cristal*, un libro para apuntes *encuadrado en oro*, y un lapicero, *de oro también*, y dos *frascuitos de cristal de roca*, con *tapas del mismo metal precioso*, para SALES Y PERFUMES.

Lo que dirá Cristo cuando se entere: «¡Y para esto sufrí yo pasión y muerte en la Tierra!»

Y yo le daré la razón á Cristo.

Supersticiones

Para que la sardina reaparezca en aquellas rías, los redentoristas que hace unos cuatro meses predicaron en Marín, organizaron una procesión por mar, llevando la Virgen del Carmen y el Niño Jesús, é invitando á todas las autoridades de la villa y al pueblo entero, que acudieron solícitos, embarcándose unos en vapores de pesca y otros en distintas embarcaciones preparadas para el caso.

Ya en medio de la bahía las imágenes y los asistentes, se procedió á la bendición del mar, lanzándose al espacio numerosas bombas de palenque, y oyéndose los acordes de la banda de música del pueblo, que acompañaba á la procesión.

Cuando se leen estas cosas, llega uno hasta á dudar de que la humanidad pueda redimirse nunca por completo.

Que los que viven de eso, curas, frailes y bribones adyacentes, hayan la comedia, se comprende; pero que los explotados les ayuden á representarla, esto ya es inconcebible.

Pero dejémoslos de filosofías cursis y vamos á lo importante:

¿Volvieron las sardinas? Si volvieron, habrá que recomendar el procedimiento á los vecinos de todos los pueblos cercanos al mar, para que lo empleen siempre que el sustancioso animalito emigre; y si no volvieron, fuerza será convenir en que los redentoristas esos son unos embaucadores que no tienen influencia ni en el cielo, y á quienes por lo tanto hay que aplicarles el artículo 548 del Código penal, que dice textualmente:

«Incurrirá en las penas del artículo anterior (arresto mayor y presidio correccional) el que defraudase á otro usando de nombre fingido, atribuyéndose poder, influencia ó cualidades supuestas, etc.

Sólo con esto, aplicar el artículo ese á todos los que sacan dinero á los incautos, atribuyéndose poder é influencia en el cielo, sin demostrarlo nunca con hechos indiscutibles ó con documentos fehacientes, quedaría antes de medio año resuelto el problema clerical en España.

Mas ahora caigo en que nos sería absolutamente imposible intentar esa reforma; no hay cárceles y presidios bastantes para albergar á cuantos caen bajo ese artículo.

Dejemos, pues, las cosas como están; á las sardinas en libertad de acercarse ó retirarse; á los frailes en la de sacar dinero á los imbéciles sin exponerse á riesgo alguno; y al pueblo en la de ser todo lo estúpido que quiera. Y si volvemos al planeta Tierra en otra hornada, y podemos elegir forma, no seamos sardinas, para que el hombre no nos pesque; seamos frailes, para poder vivir á costa del que pesca las sardinas.

Realidad que apena

En EL MOTIN del día 10 leí un artículo titulado *Generación nueva*, que llenó mi alma de tristeza. La realidad es á veces brutal. Se infiltra en el cerebro, y ya allí, lo araña, lo muere despiadadamente, para hacer resaltar más su presencia.

Si es verdad; en España no es cierta aquella hermosa frase de Víctor Hugo, de que «en cada pueblo hay una luz encendida, el maestro, y una boca que sopla para apagarla, el cura». No es cierta, no, por nuestra desgracia, esta frase en España. ¿Y cómo ha de serlo en un país cuyos maestros (no todos) en los pueblos son sacristanes; qué asol de los curas?

Aquí el maestro enseña al niño aquello que el cura quiere. Bien visto está. Aquí qué vergüenza, el maestro envenena el alma naciente del niño, porque al cura se le antoja, con todas esas estúpidas relaciones de milagros, con todas esas bárbaras narraciones de los tormentos de ultratumba. Y estos niños, cuando llegan á ser hombres, no tienen voluntad, están destituidos de carácter y, por consiguiente, de energía: no son hombres.

Son egoístas é insociables, porque ven en sus semejantes, no á desgraciados que padecen, sino á individuos de quienes debe huir para evitarse la ocasión de pecar y obtener así la ilusoria felicidad eterna.

Así son los hombres que dan en nuestra patria la educación de hoy. Algunos maestros (muchos) obran por ignorancia; otros por conveniencia; éstos son unos miserables, unos canallas; y otros, en fin, obramos obligados por el clero, el enemigo más espantoso de la niñez. ¿Tenemos culpa estos últimos de que se asesine moralmente al niño en la escuela? Tal vez sí. Es verdad que de parte del cura está todo; el pueblo y las leyes, porque ¡desgraciado del maestro que, obrando aun dentro del reducido círculo de estas leyes, quiera hacer hombres fuertes, pensadores y libres de sus niños! ¡Ay de aquel que quiera educarlos física, moral é intelectualmente conforme lo aconseja la moderna Pedagogía emancipada de la Iglesia! El cura se encargará de sepultarle en la miseria, en la deshonra. El cura sabrá hacer ver al pueblo ignorante que el tal maestro es un monstruo capaz de cualquier crimen. El cura sabrá, en fin, pintarle con todos los vicios más asquerosos, mas repugnantes; sabrá mostrarle como un aborto infernal... Y entonces ¿qué será de ese infeliz maestro, de ese héroe que tiene que luchar solo contra todo un pueblo? El pensararlo espanta. ¡Soy muy joven y sé ya bastante bien adónde llegan las iras salvajes de un pueblo fanatizado!

Y los maestros que comulgamos en las ideas de los hombres que libremente piensan, los que estamos libres de prejuicios religiosos, ¿no podríamos hacer algo en pro de esos pobres niños de alma anémica, corroida por el virus clerical? Creo que sí. Pero ¿cómo? Otros más entendidos que yo deben exponer el plan. Yo sólo sé que no podemos permanecer inactivos un solo instante. Debemos reunirnos. Tratar de ganar los ánimos de nuestros compañeros que sirven inconscientemente de instrumentos en la tenebrosa labor de la Iglesia. Es indudable que nuestro avance será lento, muy lento, pero por la misma razón debemos trabajar con todas las energías de nuestra alma por hacerlo lo más rápido posible. La prensa anticlerical nos prestará, con sus formidables plumas, valiosísimo apoyo. Lo repito: no debemos descansar un momento hasta no ver á la Escuela completamente libre de las aceradas garras de la Iglesia.

Entonces sí que se haría generación nueva!

LUIS C. RAMOS

Maestro.

Evangélica

En Ríoñ ha sido robada la iglesia.

Los ladrones fracturaron el tabernáculo, esparcieron las formas y se llevaron dos custodias riquísimas, dos copones cincelados y tres estatuas de plata.

No han sido habidos.

No se mueve la hoja del árbol sin permiso de Dios.

Berreos místicos

Yo creía que en la casa del Señor había que estar con humildad y recogimiento y compostura, pero nunca creí que en ella se pudiese cantar á grito pelado como en cualquier taberna de mejor ó peor reputación y de parroquia más ó menos canalleca y alborotadora.

Por lo visto esos sitios austeros de recogimiento y devoción no merecen á los clericales todo el respeto que á nosotros, que cuando menos no vamos á ellos á ejercitar los pulmones, ni á citarnos con mujeres comprometidas y sin comprometer, ni á cometer otros excesos que en el tintero me dejen, y que cometer he visto.

Es el caso, que en la iglesia del convento de las Salesas de esta ciudad, se han celebrado con la pompa de otros años las fiestas del mes dedicado al Corazón de Jesús. La concurrencia era muy numerosa todos los días, tanto, que apenas si la iglesia se medía, y eso que parece una capilla particular por su tamaño.

Todas las noches al acabar la función se cantaba el *Tantum Ergo* y los fletes y fleas, enardecidos y ardorosos por la fe ú otros excesos que por allí se cometían, (como lo cuentan lo digo) unían sus voces atipladas, broncas y desuniformes á las de los cantores, armando una algarabía sólo comparable á la que pudieran armar una centena de hotentotes.

Después de satisfacer de este modo sus instintos filarmónicos, se buscaban los rinconcitos—escasos por desgracia—para dar los últimos toques á la devoción y se desfilaba en espera del nuevo día en que habría nuevos berreos y nuevas expansiones religiosas.

Con estas prácticas santas, no será extraño que venga al mundo una nueva generación mística que dé ciento y raya á la presente, en religiosidad y en desprecio á todo lo humano, la decencia inclusive.

LUCIANO PASTOR

Calatayud.

Memorias de un jesuita

El ayuno cuaresmal

Cuando se acercaba la Cuaresma, experimenté un movimiento de terror. Temía que trajera aparejadas grandes mortificaciones y penitencias, siquiera por respeto á las católicas tradiciones.

Veía en mi imaginación á la Comunidad en negra procesión por los claustros del colegio, llevando por estandarte alguna grande y pesada cruz y azotándose sin piedad con ásperas y sonoras disciplinas.

Parecíame escuchar los temerosos versículos del *Miserere* entonados por padres y hermanos en la capilla, desnuda de todo ornato, sumida en la obscuridad, que interrumpían solamente dos amarillas velas encendidas ante milagroso crucifijo.

Sentía el frío y los horrores del hambre tras frugalísima colación en que desabridas hortalizas habrían de mezclarse con ceniza y con lágrimas.

Poníame pavor el sepulcral silencio que seguramente reinaría en el inmenso convento durante la cuarentena destinada á meditar misterios de muerte y de tormentos.

—Mal lo ves á pasar, amigo Gil Blas—me decía una y muchas veces.

El tiempo, que avanza inexorable, hizo que llegara el martes de Carnaval y en él empecé á tranquilizarme.

Sucedió que en ese día vino un hermano coadjutor á mi aposento y me dijo:

—Hermano Gil Blas; de parte del padre rector que baje usted, que va á reconocerlo á usted el médico.

—¿A mí?—pregunté lleno de extrañeza—pero si tengo una salud á prueba de bombal

—No importa—me contestó el lego,—es costumbre que en este día reconozca el médico á toda la Comunidad.

—¡Dios mío!—pensé yo entonces—ya caigo; eso es para saber hasta dónde puede llegar cada individuo en azotes, ayunos y martirios. ¿Qué va á ser de mí, que soy tan desdolido? En fin, vamos allá—y me dirigí á la enfermería.

¿Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme á toda la Comunidad reunida en un gran salón y al padre rector sentado en una silla y teniendo al lado al médico, que por cierto calzaba grandes espuelas y jugueteaba con un látigo de montar á caballo!

—Van á tardar un siglo en reconocernos á todos—exclamé.

—No lo crea usted—me dijo un padre que tenía á mi lado,—es cuestión de un momento.

Efectivamente, al poco rato, y previa la pregunta de «¿Están todos?», hecha por el padre rector, empezó el reconocimiento.

Es de las escenas más graciosas que he visto en mi vida.

Por delante del médico iban desfilando jesuitas que alargaban la mano derecha: el doctor les tocaba en cualquier parte de la muñeca y decía: «No puede; no puede; no puede;» y los que no podían ostentaban mejillas pletóricas de sangre, abdómenes fantásticos, brazos inverosímiles y monstruosas asentaderas.

El galeno y el superior contenían á duras penas la risa; la gente joven no la conteníamos de ninguna manera, y refamos á carcajada tendida, y llorando de risa presenté yo mi blanca mano al doctor para que pronunciara el invariable: «No puede.»

Terminó la higiénica ceremonia diciéndonos el padre rector:

—Ya saben, pues, aquellos á quienes lo ha dicho el señor doctor, que no pueden ayunar; que la voluntad de Dios es terminante de que no ayunen.

¡Con qué reconocimiento á la bondad divina y á la incomparable ciencia del médico de las espuelas subía yo la escalera en dirección á mi cuarto!—De modo—me decía—que en un momento me veo libre de todos los ayunos de Cuaresma, y no así como se quiera, sino por expreso mandamiento del Todopoderoso.

Amaneció el miércoles de Ceniza; con ella en la frente saboreé, más que nunca, el sabroso y grande tazón de café con leche, desayuno invariable del jesuita, y me volví á la iglesia donde había de celebrarse misa solemne con sermón.

Subió al púlpito un padre; la iglesia estaba rebosando de gente; hizo un silencio profundo, y el predicador comenzó con gran elocuencia y acentos de profunda convicción á hacer el panegirico del ayuno:

«*Mentem elevat*», exclamaba con el prefacio de la misa del día, «*vitia comprimit*» ó sea «Eleva el alma», «comprime los vicios»; y lleno de indignación y santo celo, amenazaba con males sin cuento, muertes desastrosas é infiernos perdurables á los que con pretextos fútiles y espaciales razones creésemos libres de la santa ley del ayuno cuaresmal.

«La muerte misma—gritó en un arranque de entusiasmo sagrado,—la muerte misma ha de arrostrarse por cumplir un precepto que es honra de la Iglesia, perfección del cristiano y regocijo de los mismos ángeles del cielo.»

«Dichosa una y mil veces—siguió diciendo el jesuita—aquel que por los rigores de la penitencia dejara este valle de lágrimas. Para ese el sepulcro sería arco de triunfo, por el que entraría en la eterna Sión.»

Escandalicéme yo algún tanto de que aquel padre, después de la escena de las espuelas y el látigo, hablara así á los fieles. Me atreví á decirle cuando bajó del púlpito y entró en la sacristía; pero pronto atajó mi razonamiento diciéndome:

—Sepa usted, joh hermano Gil Blas, que sé y me consta que á todos los que escuchando mi sermón estaban, les ha dicho el doctor: «Este no puede.»

GIL BLAS DE SANTILLANA

Socialismo sin doctrinas

La jornada de ocho horas es un hecho en Australia desde 1886. Fué establecida en virtud de acuerdos entre patronos y obreros, sin intervención de la ley, representando el mayor triunfo alcanzado por los sindicatos de trabajadores australianos, que entraron en la política á raíz de la gran huelga marítima de 1890 en que los obreros fueron derrotados por los patronos. Y, al decir de Alberto Mélin (véase su libro *Le socialisme sans doctrines*), «no se encuentra en Australia una sola persona contraria á la jornada de ocho ó nueve horas. Todo el mundo emplea para justificarla el mismo razonamiento, á saber: que la intensidad del trabajo es mayor con la jornada corta.»

Los obreros australianos triunfaron también en su lucha por el salario mínimo, establecido en Victoria por ley de 1896. Esta ley creó unos Consejos especiales (Special Boards), que deben ser instituidos por decreto del gobernador de la colonia y que se componen por mitad de obreros y de patronos, cuya misión es la siguiente: 1.º, fijar el salario mínimo por tiempo ó por pieza en cada profesión, según la situación y circunstancias de las diferentes localidades; 2.º, fijar el número de aprendices de diez y ocho años y su retribución. Las resoluciones de los *Special Boards* son comunicadas al gobernador de la colonia y tienen fuerza de ley desde la fecha de su aparición en el periódico oficial. Naturalmente, los salarios se elevaron de un modo notable desde la promulgación de la ley victoriana de 1896.

En Nueva Zelanda existe, desde 1894, el arbitraje obligatorio. Todos los conflictos que se producen entre patronos y obreros se ven en primera instancia ante el tribunal local de conciliación, compuesto por mitad de obreros y de patronos. Si el Consejo local no logra resolver amigablemente el asunto, éste pasa al tribunal central de arbitraje, cuyas sentencias son obligatorias y definitivas. Los efectos que el arbitraje obligatorio produjo en Nueva Zelanda fueron los siguientes: 1.º, supresión de las huelgas y lockouts; 2.º, desenvolvimiento de la organización obrera, puesto que la ley neozelandesa de arbitraje sólo se aplica á las asociaciones ó sindicatos que reúnan, por lo menos, siete miembros; 3.º, resolución en sentido favorable á los obreros de todas las cuestiones que se relacionan con los salarios, horas de trabajo, aprendizaje, etc.

Veamos ahora los esfuerzos hechos por los gobiernos australianos para poner al alcance de los obreros la propiedad territorial. El gobierno de Sud-Australia, por ley de 1893, determinó conceder tierras á toda asociación que comprendiese, por lo menos, veinte personas mayores de diez y ocho años en las condiciones siguientes: Las concesiones no podían ser de más de 160 acres por cabeza. Cada colono, que quedaba obligado á mejorar el terreno de que se hacía cargo en 3,50 francos por acre y por año durante dos lustros, debía disponer, como mínimo, de la suma de 1.250 francos, capital que el Estado se ofrecía á anticipar en ciertos casos. Además de una renta anual de 25 céntimos de franco por acre, el concesionario debía pagar al gobierno en el plazo de diez años la suma anticipada, con un interés de 5 por 100 á partir del tercer año. Una vez satisfechas las deudas, el terreno podía ser repartido entre los colonos, recibiendo cada uno del Estado un trozo á título de arrendamiento por novecientos noventa y nueve años. Y no sólo en Sud Australia; también en Victoria, Nueva Gales y Nueva Zelanda se organizaron numerosas colonias y granjas obreras.

Además, los gobiernos de las diferentes colonias se han preocupado mucho de proporcionar á los trabajadores habitaciones cómodas y sanas. El gobierno de la Sud Australia facilita á los obreros el terreno necesario para construir una vivienda y les adelanta dinero para que puedan llevar á cabo esas construcciones. Lo mismo ocurre, con ligeras variantes, en Nueva Zelanda. Mélin visitó muchas casas obreras en las dos citadas colonias, y dice que las habitaciones de ese modo construídas son muy confortables, teniendo cada una su correspondiente jardín. Añádase á todo esto que en Nueva Zelanda, por ley de 1898, todas las personas de más de sesenta y cinco años tienen derecho, sin ninguna cotización previa, á una pensión del Estado, y se formará idea de cómo vive el trabajador en Australia, donde los salarios son tan elevados como en Inglaterra y en los Estados Unidos, estando, en cambio, los artículos de primera necesidad más baratos que en Europa.

Ahora bien,—hecho por demás significativo—no puede decirse que el socialismo haya adquirido gran desarrollo en Australia. Según Mélin, los partidos obreros australianos se parecen al viejo trade-unionis-

mo inglés por su carácter exclusivamente práctico. En sus programas, de reformas menudas é inmediatamente realizables, no se encuentran esas generalidades á que tan aficionados son muchos agitadores de Europa. El obrero australiano, como buen anglosajón, es por naturaleza poco dado á utopías y trata seguramente de asegurar el trabajo en buenas condiciones. En Nueva Zelanda, la región del globo en que más adelantada se halla la legislación social, los trabajadores ni siquiera se hallan organizados en partido de clase (1).

ALVARO DE ALBORNOZ

(1) El autor no ignora que la tendencia socialista del periódico «The Tocsin», órgano del partido obrero de Melbourne, es cada día más acentuada; que los partidos obreros de Victoria y Nueva Gales del Sur confían en haber mucho al célebre agitador socialista inglés Tom Mann la misión de dar en diferentes centros de dichas colonias conferencias acerca del movimiento socialista internacional; y, finalmente, que en Nueva Zelanda se acaba de construir una agrupación francamente socialista, de la cual es órgano el periódico «The Commonwealth», que se publica en Wellington bajo la dirección del socialista americano, de origen francés, M. Rives la Monie. Estos diversos hechos, sea cualquiera el valor que pueda tener con el señalamiento de un porvenir más ó menos remoto, no dan al movimiento social de Australia y Nueva Zelanda, en cuanto movimiento histórico, carácter distinto del que tan admirablemente hace resaltar en su libro Alberto Mélin.

Los maristas de Toledo

El excelente semanario de Toledo *La Justicia* confirma el repugnante suceso que en en el colegio de los Maristas se descubrió días pasados.

El director del colegio, Sr. Cabello Sánchez, visitó á los padres de los niños, á quienes el hermano Eugenio había hecho victimas de odiosos abusos, y obtuvo de ellos terminantes afirmaciones.

Visitó también al director de los maristas, y de sus labios oyó lo siguiente, después de las negativas que eran de rubrica:

«¿Qué le voy á decir! Yo á los chicos no he querido preguntarles nada, porque creo que es propagar el mal.

No se puede figurar los trastornos que nos ha ocasionado eso; se nos han marchado muchos chicos, y los que se irán! El hermano Eugenio, causante de todo, se ha marchado; yo he escrito al Provincial con el fin de que nos traslade; á Dios en mis oraciones le pido nos atienda porque nosotros no necesitamos á Toledo para nada; en cualquier parte que vayamos somos bien recibidos. Colocación no nos ha faltado; figúrese que en España nuestra Orden tiene «setenta y ocho» colegios.

—¿Usted cree que el hecho ha sucedido, sí ó no?

—Yo no digo que sea verdad, ni digo que sea mentira. Puede haber sucedido y no puede; el hermano, al marcharse, abatiéndose, me confesó que no era cierto.»

Suponemos que la justicia y la Junta provincial de Instrucción pública se encargarán de poner eso en claro.

Y muy extraño nos parece que el acusado de hechos que en el Código penal se califican, haya podido marcharse de Toledo sin demostrar antes la inexactitud de las acusaciones.

El Liberal

Mari...

La amabilidad de los maristas para con los niños sería sospechosa, si no se hubieran descubierto los móviles á que obedece.

Y los hechos se repiten con demasiada frecuencia sin que las autoridades acostumbren ponerles coto con un castigo ejemplar.

Ya van registrados aquí muchos casos de «maristería», casos aislados; pero el foco últimamente descubierto en Toledo trasciende, y no á rosas. Hay que atajar el mal, padres que tenéis hijos.

Un hermano marista se viene dedicando «á pasatiempos nada edificantes con inocentes niños y tiernos colegiales de diez á doce años, varios de los cuales han enfermado á consecuencia de aquellos abusos.»

Esto dice un bien informado periódico Y añado yo, refiriéndome á los padres:

¡Mucho ojo! Justicia á palo seco. Ahora, si criáis á vuestros hijos para niños de coro ó para *luisés*, ni entro ni salgo; que sigan entrando los niños y los maristas en el convento de su particular devoción.

La maestra de la vida

Un amable cronista previene á sus lectores contra las lecciones y ejemplos históricos. La famosa «magister vita» se presta á todo; no es una ciencia exacta; en ella se encuentran los más opuestos ejemplos, que sirven muy bien á todas las tesis y complican todas las controversias.

Lo que el aludido escritor dice de la Historia, bien pudiera aplicarse á todas las ramas de la investigación. No podemos conocer sino hechos, y estos hechos son tan varios, tan múltiples y contradictorios, necesitan ser estudiados en tal conexión y complejidad,

que es muy fácil que la conclusión inducida varíe según el temperamento de quien la formule.

A un personaje histórico no es posible juzgarle según nuestra psicología, sino en la suya y la de su tiempo. ¡Admirable argumento para defender á todas las fieras que en el mundo han sido! De igual manera no es posible estudiar un fenómeno sino en relación á otros muchos que nos es imposible conocer. Aceptada esta tesis, la ciencia no puede servirnos para maldita de Dios la cosa.

Pero no parece descabellado aceptar un criterio de eliminación. La ciencia tal vez nunca podrá decirnos lo que las cosas son; pero nos dice lo que no son, por la reducción al absurdo. No sabemos lo que es la luz, pero estamos seguros de que no es un soplo de Brahma; ignoramos lo que hay más allá de la postrera nebulosa, pero sabemos que no es un señor de barba blanca, con un triángulo en la cabeza.

Así nos es dado el proceder en la Historia. No sabemos los puntos que calzaba Carlos el Simple; pero, ¿cómo sería el monarca francés cuando los historiadores por él asalarados le tachaban de majadero? Desde luego, no fué un Pico, ni aun un piquillo, de la Mirandola, como D. Pedro de Castilla no fué un prodigio de humanidad.

Durante muchos siglos se ha escrito la Historia de y para los grandes. Y después de estudiar los ditirambos de sus apologistas, salimos con que hubo no pocos que eran unos malos sujetos. ¿Creeremos que los historiadores adularon al pueblo, que nada podía dárles, y no á los poderosos, que disponían de la vida y fortuna de los súbditos? Lo más probable es lo contrario. Cuanto más, que de ciertos personajes históricos no hablan sólo historias y documentos, sino que dicen hasta las piedras.

De todas suertes, bueno es que los defensores del pasado nos enseñen que la Historia nos ha engañado casi siempre. En su nombre se ha combatido todo criterio racional; invocando la sabia experiencia se ha rechazado la labor del sentido común. Bien está que se sepa que no es ni siquiera, como aseguraba el poeta, un sabio formado á trompicones, sino una embustera de á folio, de la cual una sola cosa se saca en limpio: que ha sido creada para el uso de los Delfines y de los cronistas ministeriales.

ANTONIO ZOZAYA

El eterno «clérigo»

Estudio psicológico

Sres. D. José Ferrándiz y D. Pedro Crespo.

Apreciables compañeros: Hé aquí una cuestión preliminar que debemos resolver cuanto antes en este tratado de patología religiosa de España, acerca de la cual sólo se halla confusión de ideas y mandobles de ciego. En su lugar veremos que el clero, como organismo, es incurable para todo esfuerzo nacional aislado; contra sus males no hay remedio fuera del socialismo universal.

Pero para algo se ha descubierto la patología celular, no menos aplicable al individuo que es la célula social, que á la célula vital del cuerpo individual; y aquí estamos machacando nosotros: no al clero, sino al clérigo.

Acercas de este punto el Sr. Crespo ha condensado la teoría en estas afirmaciones: «El clérigo es esencialmente antipático; para dejar de ser antipático es preciso que deje de ser clérigo; algunos pretenden merecer la simpatía por haber dejado el título de clérigo conservando el alma clerical; él es responsable de conservar esta alma que, sin el título, le hace doblemente antipático.»

Dadas las circunstancias sociales de España, creo llegado el momento de hacer una llamada general acerca de este problema. El pueblo español es universalmente antipático, sin que merezcan nota las excepciones. Trátase de crear el ambiente que haya de rodear al clérigo; los que conocen la fuerza de la osmosis, no ignoran que así en lo físico como en lo psíquico, es ley que la influencia externa que no se asimila, ó no destruye el sér, le da cohesión y con la mayor presión aumenta su fuerza explosiva. Al tratar de dar presión al ambiente popular sobre el clérigo, conviene presentar de antemano estas dos cuestiones: ¿el clérigo es destructible ó disoluble por la presión violenta? ¿Es asimilable y disoluble por el intercambio de energías osmóticas? Y hémos aquí metidos de lleno en un estudio de biología social que nos obliga á depurar muchos conceptos.

«El clérigo es siempre clérigo», dijo hace diez años el Sr. Nakens, sobre la observación psicológica de muchos hechos. Igual opinión manifiestan en sus escritos Lenotre en su estudio de José Le Bon, Anatole France en varios de los suyos y Jules Narfon á quien reputo uno de los mejores especialistas de la psicología eclesiástica. Esta opinión cuenta con dos votos de excepción: el

del abate Houtin que ha traducido con refinada ironía á aquella idea la frase escrituraria «sacerdos in æternum», y el de la Iglesia que, con un disparate teológico, ha expresado una gran verdad pedagógica, al establecer como dogma que su sacerdocio «imprime carácter indeleble.»

De esta indelebilidad hánse hecho muchos y muy profundos estudios, de entre los cuales citaré *Le Rouge et le Noir*, de Stendahl, *L'Empreinte*, de Estaunié, y las *Cartas Intimas* de Renan á su hermana. Todos estos estudios tienden á demostrar que el «clérigo nunca deja de ser clérigo»; y á pesar del gran número de observaciones en que se apoya esta teoría, á pesar de la respetabilidad de estos autores y de la razón psicológica que en otro lugar veremos, me opongo á la universalidad de su sentido y desde luego acuso la afirmación del hecho, de incoherencia con la moral científica y con la teoría de la responsabilidad que establece el Sr. Crespo.

Porque es obvio (y bien demostrado lo dejé en las cartas anteriores) que el clérigo no sale hecho, ni se hace él, sino que le hace la sociedad en esos laboratorios y forjas llamadas familia, escuela, colegio, etc. La sociedad es, pues, la autora del clérigo y de su irreformabilidad si es irreformable; y por ende, en buen derecho, en vez de acusarle á él de su refracción al cambio, que se dice imposible, debe acusarse á la sociedad de su vicio engendradora de clérigos, y ella debe ser la reformada. Así lo han entendido los grandes economistas de todos los siglos.

Examinemos ahora el hecho.

El «clérigo» no es producto espontáneo inmediato de la Naturaleza, que sólo hace hombres, sino que procede de la energía refleja de la sociedad humana que convierte al hombre en clérigo. Al presente tenemos como sujeto de experimentación el tipo del *clérigo perfecto* que nos permite confrontar la observación. La Naturaleza inyecta en el sér humano la energía y sabiduría del instinto, que le ata á ella como las fibras atan la rama al tronco y á la raíz; el «clericalismo» que comenzó en una razón de profunda psicología (á saber: la imperfección y quiebras del instinto individual irreflexivo, ilustrándolo con la razón de la especie (1) llamada moral), convirtiéndose primero en sobrenaturalismo, y ha degenerado en el radical *antinaturalismo* presente que viene á ser, en esta parte, una manía sacrilega de blasfemar y escarnecer la santidad y sabiduría de la Naturaleza y de cortar aquellas fibras que atan á ella al individuo, á quien hace sentir la vida como esclavitud, tortura y encadenamiento.

Conviene precisar bien las ideas y términos, y no confundir el simple *sobrenaturalismo*, con el *antinaturalismo*. Aquél, se proponía perfeccionar ó santificar la Naturaleza, supliendo con razones de cálculo metafísico, las apariencias de sinrazón de las leyes naturales: este otro pone su empeño en difamar, deshonestar y llenar de asco la obra de la Naturaleza, enseñando á sentir como daños sus bienes, como vergüenzas sus bellezas, y como ignominiosos actos bestiales sus misterios y sacramentos. De esto resulta que propiamente hablando el «clérigo» es un sér natural por su origen físico implaceable, y antinatural por su cultura psíquica.

Ahora bien: hubo un tiempo en que la humanidad (2) era sobrenaturalista, y allí se produjo por espontaneidad social el «clérigo» que venía á ser la expresión social de este sobrenaturalismo. Mas, andando el tiempo, el clero fué aislándose y segmentándose de la masa social, reaccionando dentro de sí y transformándose en antinaturalista, así como la humanidad, por ley del retorno al centro y por reflexión sobre el pasado, sintió el desvío del camino natural y reaccionó, no solamente contra el antinaturalismo, sino contra el sobrenaturalismo, fijándose ambos sujetos en el presente estado social complejísimo, que va produciendo la «antipatía» citada por el Sr. Crespo, y que llega á su grado máximo en ciertos núcleos sociales en que el pueblo se ha colocado en un extremo y el clero en el contrario, en los cuales el «clérigo» aparece como un caso teratológico [social] y como monstruosidad; mientras que en otros núcleos donde subsiste el equilibrio bien por no haberse aislado tanto el clero ó bien por haber arrastrado las masas á sus teorías inmorales, el «clérigo», lejos de ser reputado como monstruo, es tenido como tipo de perfección social y centro de simpatía.

No hay que hablar á tontas y á locas de las cosas, ni es posible reirse del *monstruo humano* sin incurrir en falta de circunspección. La ciencia moderna se descubre reverente y llena de respeto ante esos monstruos que sirvieron de risa á los siglos, y descubre en las contrahechuras y deformidades la cifra reveladora de los admirables misterios de la Vida; deletrea en ellos el relato

(1) No es posible aqullatar en estos escritos el valor relativo de las palabras «razón», «instinto», etc. Básteme decir, que son «conceptos humanos» y no «objetos reales»: pero hemos de usar vocablos conocidos para poderlos entender.

(2) Al decir *humanidad*, dígoelo en sentido relativo, por lo que se refiere á nuestro objeto. De querer usar un lenguaje preciso, nos haríamos interminables. Acepte el lector discreto estas imprecisiones como modos sintéticos de expresión.

de las grandes odiseas de la humanidad en los siglos impenetrables a la Historia, y estúdiolos como preciosos documentos bio-fósiles de edades enterradas en la inconsciencia y en el olvido. No menos notables que estos monstruos de la especie son estos otros monstruos: ellos nos revelan las grandes angustias, meditaciones y rebeldías del espíritu humano, presentándonos en estado psico-fósil sus grandes odiseas y sus heroicas aventuras por las regiones inexploradas de la moral y de la ciencia.

Yo les invito a ustedes a penetrar con devoción en el laboratorio de análisis psíquicos, en cuya mesa vamos a tender el fósil-viviente-clérigo, para hacer su anatomía y descubrir en sus tejidos ulcerosos y en sus miembros plagados de depósitos virulentos, los grandes males que han ido trabajando el alma humana; trabajo, como se ve, difícilísimo y que requiere un gran primor de observación. Si pretendemos ser médicos de la sociedad, en vez de arrojar a los escombros el pus del enfermo y de enterrar el cáncer, recojámoslos y coloquemoslos con todo escrúpulo y amor, de modo que no se altere la posición de ninguno de sus átomos, pudiendo estar seguros de descubrir en ellos, si acertamos el procedimiento, un nuevo mundo de infinitos seres maravillosos regulados por leyes sapientísimas. Por lo mismo que el «clérigo» es el mayor monstruo social, es el que más tesoros encierra para la ciencia esta bio-psicológica.

..

He dicho y repetido que el clérigo es un fenómeno social. Voy a explicar este concepto, con el cual parecería que nos ponemos luego en contradicción.

De dos maneras puede considerarse la sociedad: como fenómeno de espacio, y entonces al hablar de su influencia sobre el individuo, significamos la presión presente momentánea que ejerce sobre él; o bien como fenómeno de tiempo, y entonces veremos que la sociedad tiene además de este carácter instantáneo, un carácter de perennidad producida por la imperceptible discontinuidad de sus elementos; y así la sociedad de hoy es hija de la de ayer y ésta de las anteriores, pudiendo considerarse en el tiempo como componentes de un solo linaje.

Y así como la sociedad presente influye sobre sus individuos con el poder que vimos ya y que veremos en otras cartas, así las sociedades antepasadas influyeron sobre los individuos de sus tiempos; y he aquí cómo ahora nos encontramos con una bifurcación del problema individuo-social en cuyo estudio necesitamos la mayor atención.

La patología ha demostrado que así como se transmiten de padres a hijos y se heredan de hijos a padres, ciertos caracteres químicos, físicos y fisiológicos, así existe también la herencia psíquica; y así como existe la herencia teratológica de la monstruosidad (como ejemplo notable, el polidactilismo), así se hereda la monstruosidad psíquica, que viene a ser el hábito de ciertos actos, ejercicios y tensiones cerebro-espinales, efectos de actos precedentes y causa de predisposiciones subsiguientes.

En cuanto el «clérigo» está constituido por caracteres psíquicos peculiares, el individuo puede ser influido de ellos socialmente de dos modos: o bien por herencia, a causa de la influencia ejercida sobre sus progenitores por el ambiente social coetáneo, y entonces el individuo de hoy es influido por la sociedad de los tiempos pasados; o bien por la presión educativa de la sociedad presente.

Los teratólogos han demostrado plenamente, que las monstruosidades pueden producirse por dos medios: la herencia, y entonces se llaman impropiamente naturales, o por el cultivo deformador y se llaman monstruos artificiales. La diferencia entre ambos procedimientos puede consistir en que el arteificio o violencia, en este último caso son externos al individuo ya constituido en forma vital, siendo entonces el arteificio una determinación a una forma accidental a la vida; y en el otro caso el arteificio viene envuelto en el germen, determinándole con espontaneidad que se llama natural para el individuo, pero que no lo es para la especie, y que antes fué violento para sus progenitores.

De dos maneras puede, pues, producirse y de hecho se produce el espíritu clerical: o por herencia (clérigo natural), o por educación, (clérigo artificial).

Pero la biología nos enseña que las especies en su progreso lento y continuo, están sujetas a cierta oscilación pendular (1) producida por la fuerza impulsiva y explosiva de las reacciones. En psico-biología estas oscilaciones se producen por la reflexión; y el exceso de estos movimientos reactivos que pasan de uno a otro extremo, ha sido desde antiguo observado y anotado por los moralistas, que han dejado registradas sus observaciones en estas y parecidas frases: «corruptio optimi, pesima»; «arrepentidos quiere el Señor»; y otras. El renegado de todo fanatismo, pasa luego al extremo contrario: los grandes apóstoles de todas las ideas suelen ser los renegados de las ideas contrarias. Por un lado tenemos a San Pa-

blo, San Mateo, y San Agustín; por el otro a Le Bon, Calvino, Henrique VIII o Ignacio de Loyola. Todos son «apóstoles» para sus admiradores respectivos y «energúmenos» para sus correligionarios primitivos.

De esta ley reductible a la ley universal de la cohesión por presión externa, resulta que nadie está tan próximo a la clero-fobia rabiosa, como el clérigo rabioso de buena fe, o hecho por coacción educativa que no haya llegado a destruir la conciencia de la especie en el individuo; y asimismo, sólo los pueblos que fueron dominados por el clericalismo pueden llegar a sentir el anticlericalismo de la *Commune* de París, el español del año 1836, y el de Inglaterra y Alemania de tres siglos antes.

Es que la Naturaleza tiene unos admirables secretos de compensación que exceden toda verosimilitud y llegan al aparente absurdo, cual es ese gran secreto de la irritación y de la desesperación que transforma en un momento la índole y carácter de los seres y centuplica sus fuerzas produciendo las grandes reacciones, así en el individuo como en las colectividades. Y porque el «clérigo» es el mayor víctima del clericalismo, herido y ultrajado en los sentimientos más hondos y sagrados y en los mismos instintos de la vida, por esto al reaccionar por reflexión consciente sobre tales agravios, el dolor infinito del infinito daño recibido, produce el odio infinito que le induce a buscar en el gesto energúmeno sobrehumano la compensación del daño irreparable que lleva sobre sí; porque la Iglesia podrá ser omnipotente en el espacio, pero es impotente para el tiempo, y no puede restituir al individuo un solo día de vida de los muchos que ha robado al «menor corrompido».

Y de igual manera que se hace transmisible y hereditario el espíritu clerical, también se transmite y hereda el sentido anticlerical, ya que los padres trasladan al germen el aura esa todavía indefinida fisiológicamente y que en psíquica se llama dolor, repugnancia, duda, encono y abyección sumisa.

Esto nos explica el raro fenómeno hábilmente explotado por los clericales, de que se mate a los frailes en nombre de la libertad y se les corte la cabeza en uso de los Derechos del Hombre. La Razón necia y charlatana acusa de absurdos estos hechos; pero el Instinto, mudo y sabio, recuerda los agravios recibidos al través de los siglos y acumulados de mil maneras sobre el germen vital que va cargando sobre sí todos los vejámenes sin perder uno, traduciéndolos en las generaciones sucesivas en contrahechuras, deformidades, raquitismos, ruindad de instintos y anhelos de venganza que, en el momento propicio avasallan la Razón sensiblera y pasan por encima de ella a ejecutar la justicia vindictiva. ¡Oh, la ciencia del Instinto infalible e indefectible!

..

Hé aquí por donde el «monstruo clérigo» produce al reaccionar el «monstruo clero-fobo». La razón de esta monstruosidad es una ilusión de óptica social y carece de valor científico; parecen contrarios a la normalidad ambiente, siendo efectos normalísimos y lógicos de aquellas anomalías y crisis sociales que los engendraron, de modo que lo anormal sería que no se produjesen.

Y he aquí el valor inestimable de ambos «monstruos»: el «clérigo» conserva en vida fósil la suma de las preocupaciones que llevaron la humanidad al sobrenaturalismo, y la suma de los vicios que indujeron a este sobrenaturalismo al punto contranatural a que ha llegado. Ambos elementos son grandes síntesis de hechos psíquicos que comprenden la historia de muchos siglos. El «clero-fobo» es la síntesis viviente de todas las iniquidades y crímenes del «clericalismo»; el que siente todos los dolores y reacciona contra ellos con el estallido del furor que condensa los tiempos y la variedad de todas las amarguras.

Es forzoso suspender aquí el estudio que continuaré en la carta próxima.

S. PEY ORDEIX

Proposición justa

Con motivo de los exámenes de fin de curso, no se desocupan los claustros de este Instituto (Valencia) de pandillas de frailes de todas las Ordenes religiosas, rodeados de centenares de alumnos, destacándose, por su extraña indumentaria, los franciscanos en sandalias, enseñando la desnuda pezuña.

Ninguna ocasión como la presente, en la que tantos Congresos pedagógicos se anuncian, para solicitar de los poderes públicos:

- 1.º Que no se confieran títulos académicos a los monacales ni a sujetos legos profesores, de Institutos religiosos.
- 2.º Que no se permita a las Congregaciones religiosas la explotación de internados, ni el ejercicio del profesorado civil.
- 3.º Que el único Instituto autorizado y contratado por el Estado para la enseñanza primaria, el de las Escuelas Pías, se contriga a ella, según su reg'a, y la dé gratuita absolutamente.

Hasta ahora frailes y monjas se van con-

teñando con la enseñanza libre o colegiada, con perjuicio de los establecimientos privados, que se van extinguiendo poco a poco; luego, nadie les podrá impedir que se muestren opositores a cátedras y escuelas; y al fin Institutos, Universidades y escuelas se convertirán en conventos y el profesorado tendrá que emigrar para no perecer.

CLARETE

ECOS DE LAS PRISIONES

Del periódico *¡Barrena y... fuego!* que se publica en Santa Cruz de Tenerife:

«Llega a nuestros oídos, con insistencia lamentable, que en el inhumano edificio que tiene la capital para albergar a los desdichados, que víctimas del hambre o de pasionales arrebatos se enredan en las mallas del Código penal, se maltrata a los presos con extremado rigor.

No tenemos pruebas de esos hechos inquisitoriales; por eso hoy no concretamos cargos y nos quedamos sin decir quiénes son los empleados de la cárcel que obran en forma tan inhumana; pero los estamos reuniendo, y en cuanto lo consigamos y tengamos la seguridad de que los presos, por miedo o por otras causas, no han de negarlo, presentaremos formal denuncia ante el dignísimo Juez de instrucción de este Partido.»

Se llegaría muy pronto a la reforma penitenciaria, si la prensa tomara a su cargo el hacer públicas las infamias que se cometen en cárceles y presidios.

Porque seguramente, sabiendo los presos que contaban con ese poderoso apoyo, no negarían nunca por miedo la verdad de lo que con ellos se hiciera.

Felicitó al valiente colega por su justiciero propósito y me haré eco de cuanto diga.

“Nota bene,”

Después de escribir el artículo que trata del obispo de Marruecos, leo en un periódico «que el cardenal arzobispo de Santiago ha ofrecido su palacio a D. Alfonso, para que se hospede allí durante su estancia en la ciudad compostelana.»

El buen prelado y el nuncio se irán a otra vivienda más humilde.

Ya ve el obispo *in partibus* cómo otros jefes, superiores suyos, ceden su casa residencial espontáneamente y se achican cuando hay necesidad.

Decididamente, los príncipes de la Iglesia no están acordes en la práctica de las obras de misericordia.

Las suegras de la caridad

Julia Muro, de diez y siete años, acogida en el convento de las Adoratrices, Logroño, se arrojó el día 21 por una ventana del último piso del edificio, cayendo desde una altura de ocho metros. Varias personas recogieron a la infeliz joven, que yacía en el suelo sin poder moverse y con ambas piernas rotas.

Las monjas adoratrices acudieron presurosas, y condujeron a Julia al convento a viva fuerza, pues se negaba rotundamente a volver a él.

¿Qué no le habría ocurrido dentro, cuando casi muerta se resistía a entrar nuevamente?

Todo cuanto pudiera decirse acerca del trato que se da en esas casas a las infelices albergadas, resultaría pálido ante el hecho terrible de la negativa de esa moribunda.

Las aparatosas e inútiles sociedades de la *Trata de blancas* podrían prestar algún servicio útil si se dedicaran a redimir a las víctimas de los asilos religiosos.

Allí, allí es donde se conservan en todo su vigor y fuerza la servidumbre, la esclavitud, los castigos brutales, la explotación en sus manifestaciones más envilecedoras y crueles.

Sólo se diferencian esos lugares siniestros de las cárceles y los presidios, en que son inocentes las encerradas en ellos. Y aun creo que reciben peor trato.

Y para añadir la burla al horror, se les llama Hermanas de la Caridad a las hembras que están al frente de esos asilos. ¿Hermanas? Suegras, y aún van bien servidas.

Los carlistas

Combato a los carlistas más que como partido político como sectarios religiosos, y eso que como políticos los tengo en el más bajo concepto de deslealtad, de traición y de falsía, de venalidad y marrullería. Las opiniones cuando las preside la buena fe son muy dignas de respeto, pero

causan asco cuando no tienen otra base que la hipocresía y el personal provecho.

¿Qué quieren los carlistas como partido político? Eso lo sabemos todos; destronar a D. Alfonso y sustituirle por D. Carlos. Es decir, que el partido carlista constituye una amenaza constante para la dinastía, y se lo considera capaz de volver a encender la guerra civil, apelando seriamente y por tercera vez a las armas para entronizar al eterno pretendiente.

A pesar de ser, al parecer, tan claros los propósitos de los carlistas, el Gobierno de la monarquía les mira y les adula y ellos están a partir un piñón con las instituciones. Aquí hay gato encerrado.

Ya lo creo; el mismo que había cuando españoles y franceses nos rompíamos la crisma por Fernando VII o Napoleón, mientras éstos se entendían.

El que había cuando los partidarios de Carlos V y de Isabel II derramaban su sangre en los campos de batalla, en tanto se carteaba cariñosamente D.ª María Cristina con su querido sobrino.

El que había cuando los emisarios de Carlos VII parlamentaban en el palacio de Castilla con la reina destronada, mientras el rey consorte en Epinay no se recataba de proclamarse carlista, de rodearse de emigrados carlistas y hasta de hacer que su oratorio privado fuera servido por curas trabucaires, que traspasaron la frontera huyendo de las tropas liberales.

Las familias reales nunca riñen más que en las apariencias, como los caciques de los distritos, como los senadores y diputados, o como las sirvientes del cura.

Cuando una monarquía va de capa caída, se suscita a sí misma un pretendiente, que siempre tiene de reserva; el pueblo se divide, se entusiasma, se destroza en sangrientas batallas, los partidos más patrióticos y nacionales olvidan sus resentimientos con el trono y se aprestan a defenderle.

Este juego sólo es desconocido para esos infelices que sueñan con el tradicionalismo y no se les alcanza que los mangoneadores están en el secreto, pescando a bragas enjuatas senadurías, embajadas, altos cargos, escandalosas subvenciones y toda clase de gangas que suda el proletariado, sin distinción de ideas políticas.

Si no fuera así, si no existiera un convenio tácito, ¿creéis vosotros que el Gobierno, por bonachón y complaciente que fuese, habría de permitir esos *aplechs* carlistas, esas parodias de ejercicios militares, con cornetas y tambores, que tienen lugar cada día, con otras ruidosas manifestaciones, en Bilbao y en Barcelona?

¿Había de consentir el Gobierno que ser videntes del Estado, como Barrio y Mier y Polo y Peyrolón, entre otros muchos, que juraron fidelidad al trono, organizaran oficialmente un partido que trata de destrozar a D. Alfonso?

La monarquía constitucional tiene con todas las libertades, con todos los derechos del pueblo, contraídos por un sagrado pacto, compromisos ineludibles, y busca el contrapeso en el partido carlista que representa la extrema reacción; y éste a su vez se viste del dogma, del tradicional sentimiento religioso, que amolda y adapta a sus fines, engañando lo mismo a los políticos que a los católicos; porque el partido carlista nada tiene de lo uno ni de lo otro, asalariado del altar y del trono, con una mano por el suelo y otra por el cielo, sirve, eterno suizo, intereses extraños; por lo mismo los combató, no como hombres de ideas religiosas, sino como sectarios clericales, no como partido, sino como *croupies* de la ruleta conservadora.

En el pleito de la sucesión de la jefatura de esa especie de Niños de Eji de la política contemporánea, anda otro juramentado de la monarquía reinante, otro catedrático Feliu, dándose tono de futuro presidente de un Consejo de ministros que aspira a la confianza de la corona. Y esto se hace a ciencia y paciencia del Gobierno, tal vez y sin tal vez con su auxilio y cooperación. ¿Y son esos hombres los que han de destruir a D. Alfonso, sustituyéndole con D. Carlos?

Os hemos conocido y no os tememos; vuestra arrogancia es huera, vuestra fuerza vana, vuestro servilismo denigrante; cuando os conozca la masa infeliz a quien estáis engañando, os escupirá, después de haber aprendido por experiencia triste que ni en política hay otra solución que el gobierno del pueblo por el pueblo, ni en religión otro principio que el de la santa libertad de la conciencia.

CANTACLARO

Libros en venta

DE TRES PESETAS

(A dos para los suscriptores directos a EL MOTIN)

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Punto de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias, por José Nakens.

Con el 25 por 100 de rebaja

DE DOS PESETAS

La religión al alcance de todos, por Ibarreta. (Encuadrada en tela, dos pesetas.) El compadre Mateo, por Pigault-Lebrun. Gente nueva, por Luis París.

(1) La pretendida ley del salto atrás y del retorno al centro si fuera abso uta, haría imposible el progreso evolutivo de las especies; y de darse éste, aquella ley ha de ser solamente relativa.

SECCIÓN AMENA

San Pedro de verbena

San Pedro, siguiendo una costumbre de cuando era pescador, antes de recogerse en su portería se asomó la noche del 28 de Junio al espacio, como en su vida terrenal se asomaba a la puerta de la choza para ver por el estado de la atmósfera si el día siguiente lo sería de pesca.

De la tierra llegaban hasta las puertas del cielo rumores de alegría, rasgueo de vihuelas y canciones sonoras, interrumpido á veces tan animado concierto por los secos golpes que producían las guitarras al romperse en la cabeza de los devotos. — ¡Cómo me festejan! — exclamó el santo.

De repente le asaltó un deseo. ¿Por qué no había él de echar una cana al aire en la noche de sus vísperas? Por otra parte, la portería le daba muy poco que hacer, pues se pasaban los días y los meses sin que alma ninguna agarrase el llamador de la Jerusalén celestial.

Cierto olorillo á aceite requemado, desprendido de las buñolerías, le decidió á poner en práctica aquel propósito. San Pedro es de gustos vulgares, lo que nada tiene de particular conocida la humildad de su origen. Y dicho y hecho: cogió de un clavo las llaves, cerró su cuchitril, y entornando la puerta del cielo, se dejó caer sobre una nube.

La fachada principal del Paraíso mira á España, noticia que debemos á un sabio teólogo que hizo toda la campaña del Norte en la partida del cura Santa Cruz, y hoy presta dinero sobre alhajas y ropas en buen uso, sin perjuicio de teologizar las proposiciones que le correspondan.

Cayendo perpendicularmente, San Pedro, á medida que se acercaba al globo terráqueo, se sentía acometido de mayores deseos de volver á pisarle, pues aunque no sea el centro de las almas, no sé qué tiene este viejo planeta que aun en el cielo se le recuerda con amor.

Tomo tierra el celestial Portero en las alamedas de la Florida, y, asegurando la nube en las ramas de un árbol, se dirigió con rapidez impropia de sus años al centro de Madrid. Al pasar frente á la ermita de San Antonio sonrió desdeñosamente. — ¡Vaya una casa que tiene el paduano! — exclamó. — Si el primero de nuestros pontífices la hubiera visto por dentro, ornada con los hermosos frescos de Goya, no habría hablado así, con ser un temperamento antiartístico.

Cerca de la estación del Norte experimentó el mayor de los sustos que recibiera en su vida terrenal y celeste; la máquina de un tren de mercancías pasó á su lado como una exhalación. Tanto le impulsó aquel monstruo, que estuvo para volverse al cielo y renunciar á los atractivos de la verbena.

De su estupor le sacó un coro de voces alegres. Era un grupo de artesanos que al compás de un paso doble se dirigía al lugar

de la fiesta nocturna. San Pedro dió alcance á la regocijada cuadrilla, y preguntó al que tuvo más á mano: — Diga usted, amigo, ¿por dónde se va á mi verbena? — ¿A la verbena de usted? — dijo con asombro el interpelado. — Sí, señor. Yo soy, para lo que ustedes gusten mandar, el apóstol San Pedro. — ¡Ay qué gracia! — exclamó el madrileño; y añadió dirigiéndose á los suyos, que habían hecho alto: — ¿Sabéis lo que dice este tío? Que es San Pedro en persona. Todos los del corro saltaron la carcajada. — ¡Valiente curda está el gachó! — dijo una chula de rompe y rasga.

San Pedro no comprendió, pero adivinó el insulto, y como en la noche del Huerto de Getsemaní, cuando al prender al Divino Maestro arrebató la espada á uno de los soldados y cortó á Malco una oreja, se apoderó de una guitarra y arremetió con ella á los del grupo.

¡Aquí fué Troya! Hombres y mujeres cayeron sobre él, moliéndole á puñadas y puntapiés, y poniéndole el rostro de arañazos lo mismo que un mapamundi.

Los agresores emprendieron la fuga hacia la puerta de San Vicente, cantando esta copla popular:

San Pedro como era calvo
le picaban los mosquitos,
y su madre le decía:
— Ponte el gorro, Periquito.

¡Pobre San Pedro! Cuando pudo levantarse, lo hizo á duras penas, no sabiendo qué partido tomar. La aventura podía ser aviso providencial, tal vez un castigo por su abandono; pensando así, creyó lo más prudente acogerse á su nube y remontarse al cielo. — ¡Bien se está San Pedro en Roma! — dijo. — Pero en el mismo instante de nombrar á Roma, concibió el proyecto de visitar su ciudad favorita. Levó anclas, metafóricamente, y dirigió el rumbo á la histórica capital del mundo, actualmente corte de los reyes de Italia.

Esta vez cayó en uno de los innumerables y grandiosos patios del Vaticano, silenciosos como una tumba. Un soldado pontificio, vestido á lo comparsa de opereta, dormía en un sillón en el fondo de magnífica galería, que servía entonces de depósito provisional de los regalos que de todo el orbe católico iban llegando á la mansión pontifical, con motivo de una suntuosa exposición vaticana.

¡Cuántas riquezas habían aglomerado allí la devoción y el fanatismo! Ornamentos para el culto, alhajas de uso profano, objetos de arte, donativos en dinero... ¡Qué espléndido bazar! En unos cajones se leía: DINERO DE SAN PEDRO; en otros: AL SANTO PADRE. — Esto es otra cosa — dijo el fundador de la Romana Iglesia. — ¡Por aquí debía haber empezado!

Arrojó su pobre atavío. Riquísimas ropas interiores de encaje; calada media de finísima seda; zapatillas cuajadas de pedrería; sotana con maravillosos bordados; guantes

de sutil y vaporoso tejido; soberbia capa pontifical, con cientos de topacios; miles de brillantes y millones de perlas; en fin, tiara resplandeciente, que parecía una sola piedra preciosa con reflejos de todas las más estimadas.

Así se vistió San Pedro, adornándose además con cruces y dijes de gran valor, haciendo desaparecer sus dedos bajo diferentes anillos; de éstos había tantos, que aun habiendo tenido cien manos, le faltaran dedos y sobrarán sortijas para todo el Sacerdo Colegio. Pues, ¿y el báculo? Eligió el mejor de entre quince ó veinte, y se miró al espejo. ¡Qué alegría! Viéndose en aquel porte San Pedro, que, como viejo, tiene mucho de niño, pensaba: — ¡Qué golpe voy á dar al volver al cielo! ¡Y qué envidia para los santos ricos y de buena casa!

Sin despertar al soldado pontificio, abandonó el salón y se envolvió en la nube que le había llevado. La nube arrancó trabajosamente, porque era demasiado lastre el nuevo equipo de su tripulante. Subía, pero con mucha dificultad, y es que, para elevarse al cielo, cuanto más de vacío, mejor.

Durante su lenta ascensión, ocurrieron por allá arriba escenas que alteraron la calma en la mansión de los justos. Habiendo pedido licencia al Padre Eterno los coros celestiales para dar una serenata al santo Portero, notaron la falta de éste, dando de ella aviso al Señor y extendiendo la alarma por todos los ámbitos del Edén. ¿Qué sería de San Pedro? ¿Le habrían secuestrado?

San Pablo y Santiago ofrecieron montar á caballo y salir en su busca para rescatarle de sus raptos, si había secuestro. Cristo, que tiene motivos para sospechar de su discípulo, aplacó á todos, invitándoles á ocupar su puesto cada cual, como lo hicieron, y quedando Él solo de guardián interino mientras la ausencia del propietario.

Cuando el ausente arribó á la puerta del Paraíso, era ya de día. Empujó suavemente aquella, que no había dejado más que entornada, y la puerta resistió. Cristo había echado la llave. San Pedro no tuvo más remedio que usar del llamador.

La severa voz del Hijo preguntó desde dentro: — ¿Quién va?

— Soy yo, Señor; soy Pedro, vuestro amado discípulo.

Abrió Jesús y se quedó sorprendido. — ¿Quién habéis dicho que érais? — preguntó más severamente.

— Yo, Pedro, el apóstol fundador de vuestra Iglesia...

— ¡Calla, impostor! — exclamó el Crucificado. — ¿Pedro, el humilde Pedro, escogido por mí entre los más miserables el pobre entre los pobres, el humilde pescador de Judea en ese pagano atavío? ¡Lejos de aquí, impostor!

— ¡Señor, por vuestros clavos!...

— ¡Silencio y marchad! No os reconozco.

El Redentor cerró la puerta de golpe, y San Pedro quedó extático.

¿Qué será de él sin poder entrar en el cielo? Y hasta que arroje las insultantes galas

y las profanas riquezas, ya se sabe, Jesús no le consentirá en sus dominios.

¡Valiente verbena ha corrido San Pedro!

E. S. R.

Ayuno natural

Llegó un pedagogo hambriento, que no probaba alimento hacía más de un trimestre, á la reja del convento de frailes de San Silvestre.

A través de una ventana vió el estrépito y jarana y la juerga desmedida conque aquella grey cristiana celebraba su comida.

Sintió calambres, sudores, ante aquellos superiores y bien olientes manjares que engullían los señores sin dar paz á sus molares,

mientras con voz gutural desde un cómodo sitial un hermanuco leía:

«Del ayuno natural: Plática para este día.»

Entonces con amargura interrumpió la lectura diciendo al redil frailuno:

— ¡Caballeros! ¡Este cura sí que puede hablar de ayuno!

Conocía el paño

El cura de una pequeña aldea tenía un perro al que quería mucho, y habiéndoselo muerto, lo enterró en el cementerio.

El obispo, que sabía no era pobre el tal cura, en cuanto tuvo conocimiento del caso le hizo venir á su presencia con el fin de imponerle una buena multa.

El cura, sabiendo bien cuál era la flaqueza del obispo, se presentó á su jefe llevando unas veinticinco onzas de oro.

Avistados ambos, el obispo amenazó al cura con la prisión y otras penas, por profano é impío.

— ¡Ah! Si monseñor supiera cuánto talento tenía aquel perro — dijo el cura, — convendría conmigo en que mereciera ser enterrado con los hombres; ha dado muestras inequívocas de él durante toda su vida, y, sobre todo, á la hora de la muerte.

— ¿Pues qué ha hecho? — dijo el obispo.

— Ha hecho testamento; y sabiendo que su eminencia no está muy bien de intereses, le ha legado estas veinticinco onzas de oro que aquí traigo.

El obispo aceptó el presente, aprobó el sepelio y dió su absolución al cura.

Un soldado va á confesarse.

El cura. — ¿Dónde está Dios?

El soldado. — Si no se ha mudado, estará donde estaba el año pasado.

El cura. — Quedas abusado. Levántate.

(FOLLETÓN 25.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

valeroso y caballeroso como siempre, pero ya no tan apto como era necesario que fuese para el gobierno de aquella colonia en aquellas circunstancias.

Bueno será dejar dicho á este propósito que los españoles, que suelen atribuir á los frailes la pérdida del archipiélago filipino, se hallan en la mayor ignorancia de la participación que realmente han tenido en la de Cuba; pues una de las grandes y más constantes preocupaciones del general Blanco eran ellos, los frailes; no los de Cuba, donde no los había, sino los de Filipinas, que, según él, «hasta allí seguían persiguiéndole.» De modo que como esta preocupación positivamente distraía el gran chambelán y le ponía como una venda en los ojos, la aludida participación, así haya sido involuntaria, es indudable.

Indudable es también que, si el anterior gran chambelán no adelantó nada ó adelantó poco en la pacificación de la isla, tuvo decididamente á su favor á los peninsulares en ella establecidos; y, si los naturales de aquel país le aborrecían y lo mismo hacían los americanos, también unos y otros, como ya hemos dicho, le temían; mientras que el actual no adelantaba más que su antecesor en punto á pacificación, los americanos, que no le temían nada, le respetaban poco; los re-

beldes no le hacían ningún caso; y los españoles se le indisciplinaban, pues, aun cuando no hubiesen tenido en las algaradas de Enero la intervención que se les ha atribuido, su actitud, notoriamente hostil al nuevo sistema y al nuevo gobernador general encargado de implantarlo y sostenerlo, pudo influir en ellas, y de todos modos les dió motivo aparente y ocasión ó pretexto, tanto ó más que las insolencias de los periódicos de que antes hemos hablado.

No cabe duda tampoco de que el gran chambelán de quien se trata era digno de mejor suerte. Pero el caso es que la elección que de él hizo D. Segismundo el mayor, llamarémosle así para distinguirlo y diferenciarlo del otro que también figuraba en el gobierno, hace recordar al famoso Pancho Martí, aquel peninsular establecido y enriquecido en Cuba al que, entre otras cosas, le debe la Habana el gran teatro de Tacón.

En aquellos tiempos, y sin que esto quiera decir que no haya seguido y siga sucediendo lo propio, las mejores tiples de ópera que iban á Cuba eran, ó las que aún no estaban en su apogeo artístico ó las que ya habían pasado de él. Por esto decía aquel catalán: Aquí no vienen más que «principiantes y acabantas.»

Y seguramente, á haber vivido en 1898, habría dicho de la notabilidad puesta por el Sr. Moret al frente de la isla que era «acabanta.»

Por otro lado, tan mala mano como D. Segismundo el mayor tuvo para elegir gobernador de Cuba, había tenido también para indicar á D. Práxedes persona á quien confiar el Ministerio de Marina. Y no porque D. Segismundo el menor

dejase de ser un buen general de la Armada, sino porque sentía tal admiración ó tal afecto hacia su homónimo, que todo lo veía como él, de color de rosa. Así, pues, para D. Segismundo Bermejo, lo mismo que para D. Segismundo Moret, con el gran chambelán reblandecido y su secretario homeópata en la isla de Cuba, y el diplomático-detective y su máquina de escribir en los Estados Unidos, nada había que temer de estos; y como sólo de allí podía venir el peligro, los señores del reino y el reino todo debían descansar tranquilos.

Con arreglo á esto el general Bermejo no hacía mucho caso de lo que el general Cervera, el almirante que mandaba la escuadra española, una escuadra de poco poder y muy mal provista, venía diciéndole un día y otro sobre la disparidad é inferioridad con que, á seguir las cosas como iban, habría de afrontar á la americana.

¡Bah! ¡Quién pensaba en eso! ¡Quién pensaba en guerra con los Estados Unidos hallándose la clave de todo en manos del Sr. Moret, del mismo cabalmente que tenía ganadas á los americanos victorias diplomáticas tan hermosas como la de la indemnización Mora! No había que pensar, no, en que cuando el caso llegase faltarán á D. Segismundo (el mayor) recursos y expedientes para sacar airoso al país de cualquier conflicto, por grave que fuese, que amenazase por aquel ó cualquiera otro cuadrante.

Así fué inconscientemente aquel par de Segismundos llevando á la guerra y al desastre á la nación. Tan confiados estaban, que la isla de Cuba se vió bloqueada y atacada por los americanos y luego

perdida, sin que al almirante que mandaba las fuerzas de aquel aporradero se le haya dicho de Madrid nada, absolutamente nada, de que había ó iba á haber guerra. «Adquiera 25.000 toneladas de carbón», se le dijo uno ó dos meses antes de la ruptura. «Puesto que tiene carbón, haga dos meses de víveres», se le dijo luego. Hé aquí todo. Por esto, el mismo día 21 de Abril (1898), en que la ruptura llegó, aquella autoridad estaba en la creencia, y así se le oyó decir, de que «todo no era más que una jugada» de bolsa.

Iban, pues, marchando las cosas como dejamos dicho, y á todo esto, la pelota en el tejado. Esta pelota era la cuestión de los auxilios á los reconcentrados. Ya se recordará, en efecto, que en el sistema de Weyler entró la despoblación de los campos de la isla, haciendo que la gente que en ellos habitaba se «reconcentrase» en las ciudades y pueblos de importancia, donde aquellos infelices comenzaron á morir de hambre; y que los americanos habían pretendido darles de comer, con lo cual los señores del reino, que estaban perfectamente alimentados, se consideraron muy ofendidos. Reconocieron, sin embargo, que el hambre y la miseria de la población rural urbanizada á la fuerza eran verdad, y prometieron remediarlas. Vino después el nuevo gran chambelán, que no era partidario de la reconcentración; pero no sólo los ya reconcentrados seguían padeciendo escasez de todo lo indispensable para la vida y la salud; no sólo los señores del reino faltaban á la promesa hecha, sino que el celo demostrado por los diarios autonomistas en exponer y desacreditar

GUARDA, PABLO

En Girona están metiendo en la cárcel á todo individuo que se desahoga pronunciando una de esas cosas que han dado en llamar blasfemias y de las que dijo Espronceda:

Que cuando ahoga el pecho un sentimiento, y el ánimo se achica, porque crece y el corazón se ensanche y se engrandezca no hay suspiro mejor que un juramento.

Procuraré no pasar por Girona, ni de paso, no sea que, guiados por el artículo siguiente que me dedica en *El Liberal* Antonio Cortón, me metan en la cárcel por primera providencia. Porque es cierto todo lo que dice de mí en este punto.

LA MENDICIDAD

Sorprendidos por un chaparrón, y sin tener paraguas, Nakens y yo, que aquella tarde íbamos de parloteo, buscamos asilo en un portal. Fué aquella la última ocasión en que vi á Pepe Nakens antes de su glorioso encierro. Dos semanas después, á este gran defensor de la justicia y á este gran amigo de la luz, por disposición de la Justicia se le puso á la sombra...

Ya guarecidos de la lluvia, seguimos la conversación... Y como yo soy, por mi desdicha, más sordo que el Gobierno, mi amigo me hablaba alzando la voz, y de nuestros acordes comentarios sobre cierto punto sociológico, se tenía que enterar forzosamente o ro señor, no mal vestido, que estaba á nuestra vera y que había entrado en el portal con el mismo objeto que nosotros. Aquel individuo, al parecer, escuchaba con delección. Tenía motivo para ello... Nakens, en la intimidad, es un «causeur» encantador; si su charla enérgica, expresiva, de «petit comité», pudiera darse á luz—para lo cual sería preciso el escudarla previamente de interjecciones y de verbos verdaderamente deliciosos,—se vería un Nakens tan ingenuo como la infanta doña Paz, pero sin afectación.

Nakens y yo no discutíamos. Estábamos de acuerdo. Constantemente, entre él y yo, da esta casualidad. Aquella tarde discurríamos acerca de la mendicidad, plaga de Madrid, vergüenza de la civilización y secular castigo de las sociedades influidas por el ambiente clerical. En nuestra caminata, desde Monteleón, donde estaba la imprenta de «El Morín», hasta la calle de Preciados, donde el azar nos detenía, una legión de pordioseros, de padres de familia con seis hijos, de golfillos astrósos, de mujeres marcadas con la huella del alcohol ó de la sífilis, había entonado á nuestro oído, entorpeciendo nuestro paso, la fúnebre salmodia... Y habíamos de esto... Confesaba yo á Nakens mi fervor, muy limitado y muy modesto, por la caridad, y mi aversión á la limosna, que se suele hacer en la vía pública por un impulso maquinal y sin discernimiento; y me recordaba él la frase de Anatolio France, que empezaba una crónica diciendo: «Acabo de realizar una mala acción; he dado una limosna en la calle».

Nakens y yo nos preguntábamos si no es cobarde y peligroso el dejar á las multitudes de vivir en la superstición. Lo que hay que pedir para los pobres no es Caridad, sino Justicia. El día en que se hunda por completo la idea de Caridad, se derrumbarán con ella todos los clericalismos. ¡La caridad!... ¡Qué engaño! ¡Qué vil explotación! ¡No sería acaso más viril, y desde luego más humano, el decir á los pobres la verdad y el obrar con ellos brutalmente, comunicándoles valor para vivir la vida real en medio de las lágrimas?

La caridad no existe. Ya los pobres no creen. Un clamor de justicia corre de labio en labio; justicia acá abajo, no allá arriba, para los que tienen hambre, y á quienes la limosna, la eterna y vil limosna, está cansada de socorrer desde hace dieciocho siglos de campaña evangélica. Por mucho que se diera, no se daría bastante. Aunque dispusiese de millones, la caridad sería impotente y no haría más que prolongar la agonía de los pobres. ¿Cómo creer que basta el dar, cuando toda la vida la hemos pasado en esto, sin conseguir que la miseria acabe ó disminuya?

¡Luego, si la caridad fuese realmente una virtud, y no, como es, una comedia... Si los pordioseros mismos, al menos algunos que conozco, no fuesen también unos farsantes... Yo contaba á Nakens esa historia, cien veces repetida, del mendigo beodo, irascible y violento que resistió á los guardias y al que hay que llevar con gran escándalo á la comisaría, seguido de la multitud; la del mendigo que interrumpe nuestra conversación, y se queda á escucharla, exhibiendo adrede sus lacerias, á fin de ofender al mismo tiempo la vista y el olfato; la del mendigo que se embosca en rincón estratégico y que sale á deshora, como una araña de su agujero, para intimidar á las señoras...

Sin duda, la mendicidad debe tener sus atractivos, cuando se encuentra en todas partes mendigos sanos y robustos, y casi siempre jóvenes, que sin pudor alguno nos tienden la mano. No distinguen de sitios y lugares para ejercer su profesión. Yo vi á uno de ellos, en la temporada última, en el foyer del Real. Durante un entreacto, un señor

bien trajeado, de levita y chistera, solicitaba la limosna de los paseantes del foyer, poniendo bajo de sus ojos un brazo informe y nauseabundo, y que después, rápidamente, introducía en la manga. Y conseguía su objeto. Se le atendía por asco, para quitárselo de encima.

—¡Horrible!—dijo Nakens.—Yo también odio la limosna y no doy á nadie cinco céntimos.

—Yo no los doy, ni aunque los pidan frailes descalzos.

Abandoné el portal, salí á la acera y extendí hacia el arroyo el brazo derecho. La lluvia había cesado. Y ya Nakens y yo nos disponíamos á continuar nuestro paseo, cuando el compañero de portal, el adyacente que había oído, al parecer con complacencia, toda la conversación, se acercó á nosotros y nos dijo en tono lastimero:

—Caballeros, soy un padre de familia con siete hijos... Tengo á mi esposa enferma... Una limosnita, ¡por la Virgen del Carmen! Nakens, sorprendido, me miró, y yo miré á Nakens... Para realizar con lucimiento una gran doctrina filosófica, ¡qué ocasión más oportuna! ¿Para qué sirven las ideas, si llegada la hora no se ponen en práctica? El gran periodista vacilaba... Yo, silencioso y frío, fijando en él mis ojos y pensando que iba á ser testigo de una tremenda abdicación, observaba sus gestos... Entre tanto, el mendigo repetía con tono lastimero:

—¡Por la Virgen del Carmen!

Por no sacar ahora á las barbas del mundo la inconsecuencia de un amigo, y al mismo tiempo porque yo, fiel á la urbanidad, he de imitar su proceder, omito lo que allí pasó. Sólo diré que en el momento de emprender la marcha, Nakens, empleando un verbo que yo cambio por otro, exclamó, como siempre, risueño y festivo:

—¡Para «descomernos»... en todo lo que hemos dicho!

Dos semanas después se lo llevaban á la cárcel, y se lo llevaban ¡por filósofo!

ANTONIO CORTÓN

Revista de libros

La Virgen de Aránzazu.—Novela, por José María Salaverría.

Otro escritor que sólo por su talento y su laboriosidad tiene ya muchos oadores, es José María Salaverría. Sus libros se acogen con mordacidad en las tertulias de idiotas literarios y con injusta indiferencia en las columnas de los periódicos.

¿Por qué? Porque Salaverría es un hombre digno, naturalmente activo y silencioso, que no vive, ni mendiga elogios, ni mete ruido, ni intriga, ni hace el buey en Madrid.

Se le malquiere ó se le desdén en el mundo artístico (dicho sea con perdón del Arte). Críticos lamentables como Candamo y Almela le dan palos terribles en periódicos prestigiosos. ¿Cómo está la crítica!

Pero ¿qué importan las miserias y las insensateces cuando de escribir se trata? ¿Serán un obstáculo y un motivo de desaliento para el escritor?

También cree que no importa eso nada Salaverría. Y con una serenidad verdaderamente sabia lanza al público nada curioso y á la crítica nada respetuosa, después de *Nicéforo el Bueno*, otra novela, la mejor suya indudablemente: *La Virgen de Aránzazu*.

Es una virgen de carne y hueso. Una virgen sana, hermosa, inteligente y buena que encuentra Pedro en la posada de Aránzazu, á donde se ha retirado á reponer su fatiga y su tedio de vivir en Madrid, á buscar la paz.

Que no encuentra. Porque se enamora de la virgen Teresa como ella de él, inmensamente, eternamente, con ansia.

Cuando el idilio comienza, viene la muerte estúpida y se lleva á Teresa sin haber sido gozada.

Esto es triste, como todo en la vida del que no ama y es amado, del que busca y no encuentra la felicidad.

Teresa muere, y Pedro se asoma á la locura. Para huir de allí aterrizado.

Huye, huye de la muerte, del absurdo, de la negación, de la duda. Antes, en un momento de delirio febril, ha llamado al monasterio, se ha encerrado en él con propósitos definitivos de renunciar, de morir...

Pero en cuanto la calentura le deja libre y en disposición de echar á correr, huye, huye del monasterio, lugar de absurdo, lugar de sombra.

Huye, huye de la vida España, donde todo—hasta la idea de Dios y el sentimiento del amor—es horrorosamente triste y lóbrego para él.

¡A América! Es su grito triunfal. A América, á curarse el espíritu (pero ¿de veras, lector, existirá el espíritu? ¿tú sabes, lector, qué es eso de espíritu? yo te confieso, lector, que no lo sé), á curarse también el cuerpo, á renacer, á revivir, á encontrar el por qué de la vida, á encontrar la riqueza, la salud y el amor. Luego volverá á España á remozarla, á mimarla, á quererla, á limpiarle el trasero de tanta superstición, de tanta basura, de tanta ignorancia bestial.

¡Pobre viejecita! ¡España! ¿Qué culpa tiene ella? ¿Qué culpa tienen los españoles de haber llegado á tan miserable estado?

La idea es valiente, inspiradísima. La no-

vela está escrita con una sobriedad y una precisión personales raras hoy.

Salaverría piensa como muy pocos, siente como poquitos.

Es un artista.

R.

La España bárbara

Por delación de un cura fueron procesados los ciudadanos Margall, alcalde del pueblo de Avinonet; Gimbernat, profesor, padre de un niño que fué enterrado civilmente; y los pastores protestantes, D. Luis y D. Alejandro López, que en Figueras se dedican á la enseñanza.

¿Causa? El haber contribuido, organizado ó consentido el entierro civil de un niño, á las treinta y tres horas de estar insepulto, ignorando que su madre había hecho que le mojasen el ocapicio á hurtadillas de su marido.

¿Pena á que ha sido condenado cada uno? A la de dos meses y un día de arresto mayor, pago de costas y multa de 150 pesetas.

Y después de esto, hay quien pretende que vayamos á Marruecos con la bandera de la civilización.

Si fuera con el pendón de la barbarie...

EL ACABOSE

Un diaruchito catolicucho de Sevilla, que ha llegado á mis manos envolviendo polvos para matar ratas, copia una sofama de otro que tal, en la que se pronostica el fin rápido y completo de los anticlericales.

Ya estamos, según él, en la última trinchera, en clase de desperdicios, y pronto quedará España convertida en una balsa de aceite á propósito para freir buñuelos y churros eclesiásticos.

Lo que no han conseguido los católicos en más de diez y nueve siglos de dominación, va á conseguirlo en un par de semanas el diaruchito catolicucho número 2, sirviéndose de la mejor rotativa de España y de Europa, que le está construyendo una casa herética con arreglo á los adelantos de la ciencia endemoniada.

Ya lo sabéis, rotativos liberales: paso al diaruchito catolicucho; paso al Gargantúa de la prensa, al que se va á tragar vuestras suscripciones y el dinero de vuestras suscripciones, aunque reviente.

Pero no hay que asustarse: la noticia es sevillana, y para templar esa fanfarronería no hay como leer el libro acabado de publicar por el obispo de Jaca, que dice todo lo contrario.

¡Pobrecita Buena Prensa! O tiene que apelar al timo del portugués, si no ha de morir de hambre, ó ir mendigando el centimito en traje episcopal...

¡A lo que llegan los probes! A perder la dignidad y la vergüenza, si es que alguna vez las tuvieron.

OFICIOSIDAD DEPLORABLE

Cuando la iglesia de la Virgen de la Palma (Cádiz) se encontraba el 18 del pasado llena de fieles y de los alumnos de la Academia de San José, con motivo de la función religiosa del día, se incendiaron las guirnalas de flores artificiales del altar mayor, adquiriendo pronto el fuego grandes proporciones y causando gran pánico entre los fieles, que huyeron á la desbandada.

Desgraciadamente un joven llamado Rodríguez tuvo la funesta inspiración de apagar el fuego realizando un acto de arrojo digno de mejor causa, y el asunto no pasó á mayores.

Siempre hay personas dispuestas á meterse en lo que no les importa, contrariando tal vez designios inexcusables.

El único camino

El Progreso, de Santa Cruz de Tenerife, publica una carta de la Laguna justificando los tumultos allí ocurridos contra los frailes. A ella pertenecen estos párrafos:

«No era posible tolerar por más tiempo la intromisión de esos frailes en esta ciudad; gentes que con sus misticismos adulterados y su nada edificante conducta han causado muchos males, no podían seguir, sin una viril protesta, desempeñando cátedras del seminario, beneficios, prebendas, tratando de inmiscuirse en los asuntos particulares, influyendo, como ya se ha dado el caso, para que no se diera trabajo en fábricas y construcciones á obreros de intachable conducta si no presentaban papeleta de confesión firmada por alguno de los padres.

Los colegios de Asuncionistas y Dominicas, centros que, aunque merecen especial

estudio y concienzuda disección, caben de lleno aquí, por lo que han perjudicado á cultas maestras que de la enseñanza vivían, sin que los nuevos colegios produzcan otra ventaja que la de costar más caros; y lo mismo decimos de los hermanos de la Doctrina cristiana, instalados en la Orotava; las asociaciones que, bajo cualquier pretexto, fundan y fundan...

La población de la Laguna puede estar orgullosa de lo que ha hecho. Si todas las de España la imitaran, el problema clerical quedaría resuelto.

No hay otro camino ni mejor procedimiento.

Verdad amarga

El Heraldo de Castilla, semanario de Medina del Campo, se burla donosamente en un artículo de las contradicciones en que han incurrido *La Correspondencia de España*, el *A B C* y algún otro periódico de provincias al relatar el milagro que devolvió la salud á una monja enferma, sobrina de un párroco; niega que los médicos la reconocieron y que vayan vecinos de los pueblos inmediatos á visitar á Santa Rita, fautora del hecho milagroso.

Siempre ha de haber alguien que nos eche el chorro de agua fría en las santas ebulliciones de la fe, helando nuestras almas.

¡Maldición sobre ese periódico que en su afán de combatir la mentira ha ahuyendo de mi pecho la consoladora ilusión de que Santa Rita pudiera algún día, ya que es abogada de imposibles, abrimme de par en par las puertas del cielo.

(Lo que Dios no quiera.)

¡Venga de ahí!

Descargó imponente tormenta sobre el pueblo de Santovenia, próximo á Valladolid, cayendo varias exhalaciones, sin ocasionar daño personal alguno.

Afortunadamente, una que cayó en el tejado de la iglesia, causó destrozos de consideración en el templo, rompiendo muchos cristales, dejando la peana del cáliz en mal estado, igual que los confesonarios. En la torre hizo también estragos, separando violentamente una de las piedras de la cornisa.

Tres vecinos que en el momento de la tormenta se refugiaron bajo el pórtico, resultaron ilesos.

Esto último demuestra que la cólera divina no va contra las personas, sino contra los templos, donde se ha olvidado casi por completo la doctrina de Cristo. Lo cual que me complace mucho.

Casi tanto como que siga tan firme é incólume la redacción de EL MOTIN.

En Huelva coincidieron la visita pastoral del señor de la diócesis y la huelga de los obreros. Ambas especies veo trabadas en un periódico.

Es natural. Cuando baja el lobo á la llana, ¿cómo andará la cosa? ¿Cómo estarán los pastorcillos y las ovejas, y hasta los perros? Muertos de hambre, acorquinados en un rincón, sin atreverse á mover pie ni mano.

Entonces sólo el lobo se mueve, y trabaja, y devora. ¡Para eso es más fuerte!

Un cura de Madrid, inventor fracasado de un aparato para evitar el choque de los trenes, ha descubierto otro para sentir el agua correr por las entrañas de la tierra.

Y dice *Clarete*:

«No me extrañaría que el sagrado zahorí diera en el clavo y descubriera todas las minas de agua que oculta la corteza terrestre, porque después de haber dado con la del Purgatorio, el cura es el llamado por su oficio á la busca y captura de todos los manantiales de riqueza.»

De primera. Y hasta la empuñadura.

EN PRENSA

Mi paso por la Cárcel

POR

José Nakens

Tres pesetas

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31